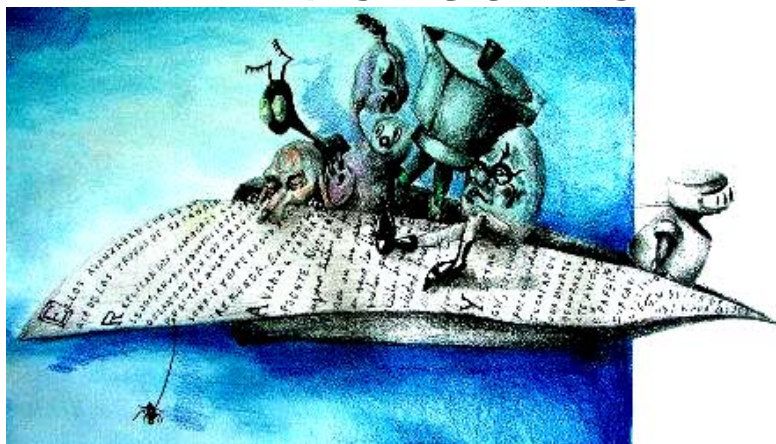


**ANTOLOGÍA CRIATURAS MÁGICAS  
“DOS ISLAS, DOS MARES...”  
TOMO III  
CUENTOS, POEMAS INFANTILES Y  
LEYENDAS REGIONALES**



**COMPILACIÓN  
MARIÉ ROJAS TAMAYO  
BARTOLOMÉ ADROVER GUERRERO**

## El unicornio de las Montañas del Sol

Su nombre conocido en las clasificaciones animales es *unicornuus montium solis*. La primera vez que se reportó un avistamiento de esta criatura se la creyó una especie evolucionada a partir de la llama de los Andes, puesto que ese es su lugar de origen, y donde actualmente pueden verse ejemplares. Sus características físicas más importantes son, además del cuerno amarillo en medio de la frente, un cuello bastante alargado a comparación de otras especies de unicornios, el color amarronado, con tintes hacia el rojo o el amarillo, un hocico largo y expresión seria y profunda. Se trata de un animal mediano, mucho más pequeño que una llama, y con pelaje más profuso en el vientre y el largo del cuello. Las orejas redondeadas surgen entre la espesa crin, que por lo general tiende a ser blanca o color ceniza. Sorprenden sus ojos, completamente amarillos, redondos, que pueden observar todo a la distancia, incluso más que cualquier animal de vista aguda. Vive en manadas, por lo menos de tres a cinco cada grupo, se alimenta de hierba y no gusta de los terrenos bajos, sino que busca su morada en las alturas, por lo general en planicies poco habitadas por el hombre. Bebe de los arroyos que caen como hilos de plata entre las rocas. Suele descansar en los tramos musgosos y más mullidos cerca de estos manantiales, y como refugio para criar a los suyos elige pequeñas cuevas y sectores cubiertos por salientes. Su costumbre es la del rito sagrado al Sol, observar su nacimiento y su puesta cada día, y reverenciar al astro mientras dura en el cielo.

En cierta época, cuando el unicornio era más habitual al hombre, se lo usaba como método de transporte de mercadería, pero esto se dejó de hacer con la llegada del caballo. Algunos sacrificios se realizaron con estas criaturas, pero más tarde se las reemplazó con llamas, vicuñas y seres humanos.

Esta costumbre se reflejó en muchas historias, y es común que hoy en día se considere al unicornio un animal sagrado de las primeras civilizaciones que poblaron la Cordillera de los Andes, como se cuenta en esta leyenda peruana.

Al norte del actual Perú existió hace miles de años una hermosa villa, encerrada a 3.200 metros de altura entre la Cordillera Blanca y el valle del río Marañón. Chavín de Huantar era su nombre, y puede que hoy en día sea visitada por los curiosos turistas, a quienes se les relata la siguiente historia.

En los tiempos más lejanos de nuestra era, en aquel pueblo, había nacido un hermoso niño, de piel lustrosa que relucía como el bronce bajo el sol. Por eso lo llamaron Llaksa. Cuando cumplió los doce años, imploró a su padre que le mostrara dónde acababan los imponentes picos de la montaña, pues desde pequeño había admirado los riscos y las hermosas quebradas de verde esmeralda que se alzaban como hojas afiladas sobre el pueblo; pero el hombre se rehusó, pues nadie, ninguno de aquella zona, le dijo, había llegado hasta la cima de la temible Cordillera Blanca. Se contaban historias de los que habían perdido la vida por aquellas quebradas, y otras tantas se iban inventando para asustar a los niños como Llaksa, que se sentían atraídos por la altura.

No pasó mucho tiempo hasta que el muchacho volvió a insistir, movido por la curiosidad y por un sueño que lo había despertado a medianoche: se erguía la Cordillera frente a sus ojos, y le mostraba que, del otro lado, los valles eran suaves y fértiles, y que los ríos fluían sin cesar con los brillos del sol, y las bestias salvajes vagaban tranquilas, pues el hombre no habitaba en aquella parte de los Andes. También vio en su sueño al dios felino, y sus ojos rasgados lo observaban como dos fuegos ardientes, y le hablaban de una criatura mágica que descendería del cielo para traer la bienaventuranza.

Antes de que el sol naciera por el Este, Llaksa tomó una rama firme y se lanzó hacia el Camino de la Puerta Blanca, que lo conduciría un largo trecho hasta la primera cima de la montaña. Luego se abrió paso entre la vegetación, que comenzaba a escasear, y el aire empezó a ser más frío. Y más frío. Hasta ser una helada corriente que lo empujaba hacia los peñascos. Pero Llaksa confiaba en su sueño, y siguió caminando, sin mirar arriba.

La cima estaba lejos aún cuando se desvaneció. Y el suelo se convirtió en un lecho amable que recibió el cuerpo del niño, y lo acunó para darle un sueño más grande todavía: allí estaba la criatura mágica, radiante como el mismo astro Sol, cuyo fulgor abría paso entre la escarcha y la nieve, y se acercaba al lecho helado de Llaksa. Con una voz semejante al cimbrear de los pastizales, habló y lo elevó con la música de sus palabras: “Ven conmigo, Llaksa, a mi tierra dorada, a celebrar con los hijos del Sol tu nuevo nacimiento”.

Así fue que el muchacho, convertido en hombre, cubierto del color de la Cordillera, subió al lomo de la criatura y se aferró de sus crines, y andando subieron hasta la cima. Desde allí, a través del temporal de nieve, contemplaron la belleza del valle que se deslizaba montaña abajo por la ladera.

“Ahora que has visto, debes creer en mí”, le dijo la criatura, y lo condujo a través del valle, abriéndose paso con un cuerno que le nacía en la frente. Bajaron hasta la naciente de un río, donde Llaksa descendió del lomo y observó las escalonadas vertientes y la profundidad de aquella naturaleza salvaje. “Habitarán los tuyos de este lado de la Cordillera, y serán llamados los hijos del sol naciente”, habló por último, y señaló en el cielo la primera bocanada de fuego rojizo que bañó por completo el valle. Cuando volvió a mirar, Llaksa no encontró a la criatura, pero sus huellas se iban imprimiendo sobre el barro fresco y lo condujeron a través de la espesura hasta una planicie digna de ser habitada. Allí clavó su rama, y erigió una pared de piedra, y luego otra, y más tarde aquel lugar fue un templo y a sus alrededores crecieron las casas de quienes habitaron con él, y sus descendientes fueron incontables, y sus tierras jamás pisadas por los conquistadores, pues se volvían invisibles al mal, y no hubo otra civilización más poderosa sobre la Tierra. Adoradores del sol, los hijos y los nietos de Llaksa supieron la historia de la criatura con un cuerno en la frente, y esperaron ansiosamente su regreso.

Llaksa vivió mil años sobre aquel lado de la Cordillera, y se dice que jamás volvió a Chavín de Huantar, pero en un monolito de piedra retrataron su

imagen. En su nombre se abrió una fosa en el desierto, que quedó vacía, y es hasta hoy que allí descansan las ofrendas para su espíritu.

***Cristina Cambareri***

***Argentina***

***[maricristinac@ciudad.com.ar](mailto:maricristinac@ciudad.com.ar)***

## El Castillo de los Gavilanes

En la selva una tigresa quería ser modelo. Ató sus orejas con dos orquídeas, se pintó la boca. Se miró en el espejo e hizo una coqueta mueca. Elegante caminaba por el bosque con sus tacones marrones:

-Tac, tac, tac...

Una pantera era la costurera. Con su máquina de mano, le cosió un vestido floreado. Le puso grandes bolsillos y cremallera. En las sisas, sesgo de colores. Se puso medias de nylon y una pulsera de *huayruros*<sup>1</sup> en la mano.

-Qué bonita que está señorita Matilde –le dijo el tigre Porfirio.

-Gracias señor tigre –contestó la tigresa.

Fue noviembre cuando un cazador llegado de una lejana región, se instaló en una cabaña de madera y desde allí vigilaba a todos los animalitos que pasaban: armadillos, leones, jirafas, cocodrilos..., y una tortuguita que venía gateando.

“Con estas pieles me haré millonario” –pensó.

Matilde acostumbraba a beber agua muy de mañana en una acequia cristalina, se miró sus lindos ojos y sonrió, cuando sintió que sus tacones se hundían.

-¡Dios mío! –gritó.

Ramas secas, cañas bravas, trozos de adobes le cayeron por su cabeza, y una soga se le enredó en nudos por su cuerpo. Y fue conducida en una carreta a la ciudad. Contemplaba los caminos empedrados, las macetas de los balcones llenas de rosados geranios, las pequeñas casas con cortinas y faroles. Hasta que con su largo cuello vio una dama que le llamó la atención, tal vez era modelo de revistas. La miró de pies a cabeza, le gustaron sus cabellos en canelones azabaches y sus delicadas manos.

-Cuánto quiere por la tigresa –preguntó un mercader con ruda voz.

Y la joven al ver a Matilde triste, rogó que la llevaran a su palacio.

-¡Es usted una princesa! –dijo la tigresa asombrada.

-Soy Almendra, princesa del Castillo El Rosedal.

La princesa se pasaba horas con Matilde conversando, sentíase acongojada y salían a caminar por un estanque lleno de cucardas. El olor de las blancas margaritas llenaba de inocencia los callejones.

-Princesa, vayamos de viaje, el aire puro le limpiará sus recuerdos oscuros.

Y cierta mañana fueron a la selva. Hileras de pomarrosas cercaban la entrada, y hermosas chozas de paja sobre el resplandor del agua, estaban quietas como barquitos de *titora*<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> El huayruro es una semilla de la amazonía peruana. Es usado como adorno a la vez que como símbolo de suerte.

-¡Aquí es el paraíso! –dijo la princesa.

Y las mariposas revolotearon inquietas por la orla de su amplísimo traje. Corrió a contemplar el arco iris; sus ojos se volvieron dulces, apacibles. Fue así como tuvo amistad con Dionisia, una jovencita muy hermosa. Iban al río a ver la puesta romántica del sol. Recogían rojas ciruelas en canastas de junco, mientras los *colibríes*<sup>3</sup> chupaban alegremente los botones tiernos de las flores.

-¿Y en ese castillo quién vive? –preguntó Almendra.

-Es el Castillo Valle Verde..., nadie vive allí -contestó Dionisia.

La princesa con la pantera siguieron cosiendo, tenían mucha clientela; habían monos que pedían camisas a cuadros, culebritas recién nacidas les hicieron gorritos y bufandas, y un elefante que quiso un chaleco de felpa azul.

Dionisia llegaba en las mañanas a la casa, y durante todo el día se adormilaba en una vieja hamaca. Su cabello rojizo estaba enredado.

-¿En qué trabajas? –le preguntó una tarde Matilde.

-Trabajo en una granja.

-¡Una granja en la selva! –dijo inquieta Almendra.

-Aquí todos somos libres –señaló la pantera.

-Es posible –repitió la princesa- por eso tienes las manitas lastimadas.

Desde ese día Dionisia les comenzó a tener cólera, sentíase vigilada. Todas las tardes se dormía y sus ronquidos asustaban a los *periquitos*<sup>4</sup> que salían volando a las copas más altas de los árboles.

Todos estaban felices, y quisieron hacer a Almendra reina de la selva.

La princesa conoció una lorita de nombre Lorena, la engreía y ésta hablaba de todo.

-¡Hoolaa! –saludaba la lora.

Y poníase a hablar con Matilde y Almendra cuando salían a pasear por los platanales. Y la lora era tan curiosa que un día como escuchaba que nadie sabía de la familia de Dionisia, se propuso seguirla. Se puso un antifaz negro y fue tras ella.

Grande fue su sorpresa cuando la vio volar en un palo de *chonta*<sup>5</sup> y entrar en una cueva donde vivían murciélagos y tarántulas peludas.

“Dionisia bruja” –pensó.

Escondida entre los *aguajales*<sup>6</sup> la bruja, machacaba con una piedra cortezas de lianas, las hirvió en una olla grande con abundante agua y le agregó finalmente hojas de *chacrana*<sup>7</sup>.

---

<sup>2</sup> Utilizado por nuestros ancestros moches como medio de navegación y pesca en los famosos “caballitos de totora”.

<sup>3</sup> O Picaflor, es uno de los pocos pájaros capaces de volar hacia atrás o detenerse en el aire durante el vuelo.

<sup>4</sup> Loros pequeños.

<sup>5</sup> Palmera, cuyas ramas son utilizadas por los brujos.

<sup>6</sup> El aguaje es una palmera amazónica cuyos frutos son utilizados en la elaboración de bebidas.

<sup>7</sup> La chacrana es un arbusto cuyas hojas son usadas en rituales.

-Almendra dicen que será reina..., pero será reina de los gallinazos ja, ja, ja...

Y tomando la *ayahuasca*<sup>8</sup> que había preparado, esperó en silencio detrás de unos horcones hasta que atrapó a la lora.

Cierto día en que Almendra estaba peinando sus canelones, Dionisia le robó un mechón de cabellos y la princesa cambió totalmente. Vestida de negro fue a encerrarse junto con los gallinazos.

La tigresa en vano la buscó entre las orquídeas, las dalias y los pajaritos del bosque; hasta que un papagayo, confesó:

-Almendra está en el castillo de los gavilanes.

Matilde fue a buscarla y se sorprendió de verla triste, sus ojos tenían grandes ojeras; un abanico ventilaba tristemente su rostro.

-¿Qué pasó princesa? –preguntó la tigresa.

La princesita estaba muda, hacía señas y ella no la entendía. Matilde salió corriendo a pedir ayuda.

-Dionisia, vamos a ayudar a Almendra, ella sola se ha encerrado en el castillo abandonado.

-¡Qué dices! -fingió la bruja.

Y muchos animalitos y Dionisia fueron al castillo. Las telarañas cubrían las paredes de vieja piedra. Buscaron en los sótanos, en los cuartos pequeños, por los corredores, en la torre, detrás de una enorme campana... ¡y nada! Sólo un abanico de plumas negras estaba tirado por las escaleras.

-Y ahora qué haremos –dijo la pantera sacando un pañuelo de su cartera.

-Regresemos en la mañana a buscarla –sugirió Dionisia.

Y como siempre se quedó dormida. Matilde fue a despertarla y vio plumas regadas debajo de la cama. Se acercó y olía a finísimos perfumes, a maíz blanco, caramelos y pétalos de rosa.

Cierta noche de luna llena vieron que cerca al río, el llanto de la princesa Almendra, caía lentamente por sus pálidas mejillas, entonces salió de las aguas una sombra, como un fantasma. Todos corrieron a esconderse a excepción de la princesita, que ataviada con un manto oscuro, lloraba. Desde los árboles contemplaban silenciosamente y vieron que el fantasma se acercaba a la orilla en un bote de palos; tenía larga barba, y un viejo sombrero de roída palma.

-Qué haces aquí –le preguntó el fantasma.

-¡Estás temblando de frío!

La princesa no contestaba. Y el fantasma se sacó su viejo saco roto, y le cubrió sus hombros.

Mientras la luna al fin probaba un pedacito de fruna, una ninfa con cabellos dorados y hermosísimos labios, se acercó y con un caracol gigante, les tiró agua en la cara.

-¡Es la sirena encantada! –dijo el leopardo.

---

<sup>8</sup> La ayahuasca es un preparado de cortezas de lianas y hojas de chacruna. Es consumida con fines rituales en los pueblos indígenas del Amazonas y los Andes peruanos..

Y como si les hubieran lavado sus recuerdos, los ojos de los dos jóvenes se abrieron de nuevo a la vida, a las cosas hermosas. Pepitas de oro quedaron en las riberas del río, la arena ahora brillaba, ronroneaba.

-Dónde estoy –preguntó Almendra.

-Qué hago aquí –dijo el joven.

Sus rostros se transformaron, y de una mirada se enamoraron.

-Yo era rey del Castillo Valle Verde, pero no recuerdo más.

-Y yo la princesa Almendra del Castillo El Rosedal.

Fue tanto el regocijo que sintieron que no se dieron cuenta lo que pasaba a su alrededor. Cuando de pronto hubo un estruendo en la copa de un pan de árbol, todos corrieron a ver.

Una persona se transformaba, los cabellos se le tiñeron de gris opaco, enredados, como si nunca se hubiera peinado; los dientes se le hicieron filudos hasta volverse en fuerte pico. Comenzó a tener alas de gavián y empezó a volar escandalosamente hasta perderse por la torre del castillo abandonado, donde explotó... Sólo plumas quedaron esparcidas por el aire...

-¡Es Dionisia! –se sorprendió Matilde.

-Sí, era una bruja, de noche hacía sus hechizos. Ahora ella misma se ha olvidado que debe estar en el castillo de los gavilanes... ¡ufff! –al fin escapé dijo Lorena con gotas de sudor que le resbalaban por sus sienes.

Y todos comenzaron a llevar una vida tranquila. Su rey que hace muchos años había desaparecido en el remolino de las aguas del caudaloso Maraón, estaba allí, pronto se casaría con la princesita. Después de tanto tiempo una campana cantaba alegremente en una torre olvidada. Y Matilde fue la dama de honor en la boda. Ahora llevaba tacones de charol.

-Qué elegante que está, señorita Matilde –la saludó Porfirio.

-Oh –se ruborizó la tigresa.

Y comenzó a rumorearse en la selva que Matilde saldría en un reportaje, como modelo de televisión.

**DORYS CARRANZA GÁLVEZ**

**Perú.**

[doriskq1612@hotmail.com](mailto:doriskq1612@hotmail.com)

[mariliaperu@hotmail.com](mailto:mariliaperu@hotmail.com)



## UN NUEVO JUGADOR PARA EL EQUIPO DE PELOTA



Desde un matorral, el ángel vio llegar al niño. Ya lo conocía, lo miraba jugar con frecuencia a la orilla del río. Había advertido que el muchacho caminaba algo raro, cojeando, y que siempre andaba solo. Lo veía echar barquitos al agua, luego los apedreaba con pomarrosas y piedras de río, pero siempre dejaba navegar alguno al que le colocaba un papelito con un mensaje escrito.

El niño aquel solía subirse a las ramas de un frondoso ateje cuyo follaje cubría de sombra una amplia porción de la orilla e iba a dar a mitad del río. Desde allí, el solitario se tiraba a lo más hondo del verdoso y fresco caudal donde se divertía con la revoltura de las aguas al caer y el azoro de los

peces y jicoteas. No obstante estos retozos, el pequeño no era feliz y el ángel lo sabía.

Era un ángel muy joven y le faltaba experiencia en asuntos humanos, por eso no adivinaba si el motivo de la tristeza del muchacho era sólo por su cojera.

“Si no llego a saber qué le sucede, no podré ayudarlo”, pensaba. “Tendré que convertirme en su amigo, entonces quizás me confíe el motivo de su aflicción. Todavía no he aprendido a leerle el pensamiento a los humanos”.

Decidido a actuar, se elevó y revoloteó sobre el ateje y se dejó caer, como en cámara lenta, ante el niño.

—¡Hola! —saludó así al solitario que estaba haciéndole la proa a un buque con un listón de madera y un pedazo de lata de sardina. Tan ensimismado en lo que hacía estaba, que no vio descender al ser alado.

—¡Vaya! —refunfuñó el otro al escuchar el saludo sin siquiera mirar al visitante—. ¿Acaso ni a la orilla del río podré estar solo y en paz?

—¡Qué mal humor tienes! —exclamó el recién llegado y fue a sentarse cerca de él. Una vez que estuvo acomodado, lo elogió:

—¡Buen buque! ¡Te está quedando súper bien!

—Sé construir buques —contestó el niño, ya más calmado.

—Bueno, si quieres, puedo llevar tu barco tan lejos cuanto lo desees. Hasta el mar.

—¿Hasta el mar? —Se sorprendió el muchacho, y fue solo entonces que alzó los ojos de su tarea para observar a quién le hablaba. Al ver delante a un personaje tan singular, no se asombró mucho, era de naturaleza comprensiva. Si aquél niño usaba alas, ese era su problema.

—¡Me gustaría mucho que lo hicieras! —El rostro se le iluminó y casi llega a sonreír.

Viéndolo así de cerca, el ángel se percató de que el muchacho era hermoso, tenía la piel bien oscura y el pelo rizado, pero advirtió que tenía una pierna más corta que la otra.

—Si me cuentas qué dice tu mensaje, acaso pueda hacerlo llegar más pronto, hasta podría decirlo con mis palabras.

—No puedes leerlo. Es muy personal.

—Ah, entonces te prometo que no lo haré, pero dámelo ya. Quiero ayudarte lo antes posible. Llevaré el barco hasta donde el río se junta con el mar, lo dejaré allí para que sus aguas lo sigan conduciendo. Puedo hacer eso con facilidad, pues sé volar —Y revoloteó un poco para demostrarle que decía la verdad.

El morenito, aunque sintió curiosidad por aquel personaje casi translúcido que volaba al estilo de un colibrí pensó: "Si a éste le ha dado por andar por el aire y puede, ese es su asunto". Clavó una estaquita en la proa del buque y le colocó dentro un papel donde iba escrito el mensaje. Le tendió el juguete a su interlocutor:

—Toma y muchas gracias.

El ángel se despidió:

—Te veré mañana por la mañana. ¿Cómo te llamas?

—¡Lino!

El mensajero se elevó, tomó rumbo y partió como un bólido. Un poco antes de llegar a donde el río entregaba sus aguas al mar, hizo alto y, sentado en una nube, leyó el recado:

"A Cualquier hada o mago, a quien tenga poder. Por favor, haz crecer mi pierna cortica. Necesito correr bien. Mi sueño es ser miembro del equipo de pelota de la escuela."

Apenas sentía remordimientos por haber leído el mensaje: ¡Lo hice para poder ayudarlo!

Y era verdad. Al otro día, tal como lo había prometido al muchacho, estaba de regreso a la orilla del río; por cierto, se le veía una pierna más cortica que la otra.

"Cuando vuele, no importará el problema de la pierna, pero si camino, me molestará bastante. Claro, acabo de estrenar mi pierna cortica, ya me acostumbraré." Eso iba pensando.

Se había pasado la noche en vela pensando en cómo podría solucionar el caso de Lino y hacerlo feliz. Pidió orientación a sus mayores; pero estos le respondieron que habría de hallar la solución por sí mismo, pues esa difícil tarea formaba parte de su adiestramiento como ángel. Nada de pedir milagros así como así. Al amanecer, ya había tomado una decisión.

—Le enseñaré a ser un niño como los demás. Le demostraré que puede lograrlo. Fue por eso que se había aparecido al encuentro con una pierna semejante a la de Lino. Este, al verlo, se percató enseguida, y dijo:

—Ayer no me fijé que tienes una pierna como yo.

—Le hago tan poco caso a ese asunto que la gente acaba por olvidarlo y yo también.

—¡Pero tú tienes alas! ¡Para ti es diferente!

—No lo creas, a veces tengo que caminar, y también porque juego a la pelota.

—¿Sí?

—¡Soy el líder de mi equipo! —afirmó con orgullo y sin sonrojarse por la gran mentira que había dicho, nunca había logrado conectar siquiera un hit.

“Lo digo por hacer un bien”, pensó para tranquilizar su conciencia de ángel.

Lino se quedó silencioso, meditando.

—¿Qué tal si jugamos un poco? — invitó al otro .

—¡Bravo! Ya tenía deseos yo. ¡Seré pitcher un rato y tú batearás! Luego cambiaremos las posiciones, ¿eh?

¡Váyase a saber de dónde el ángel había conseguido bate, pelota y guante! Al segundo, ya estaban jugando.

A partir de ese día comenzaron a hacerlo. Practicaron durante unas tres semanas. Al cabo de estas, le dijo al niño que tratara de formar parte de la cuadrilla de jugadores de la escuela.

—Me responderán que no, si acaso me dejarán a cargo de cuidar de los equipos. Estaré siempre sentado en el banco.

—¿Y no te parece delicioso ir a todos los juegos y verlos dentro del campo, cerquita? ¿Ser útil y, además, divertirte? ¡Hasta podrías llegar a ser narrador deportivo! ¡Bonita profesión!, ¿no te parece?

—¡Prefiero jugar! —se empecinó Lino.

Entonces, el ángel supo cuánto había progresado el niño con el entrenamiento, la seguridad que había ganado en sí mismo. “Pero nunca alcanzará la perfección necesaria”, pensó. “Sin embargo, quizás si entrenara fuerte podría llegar a ser un buen pitcher. Claro, consiguiendo que lo dejen lanzar nada más, sin batear ni correr. ¡Tira unas líneas que sacan humo del guante. Y con las curvas ...! bizco a cualquiera!

Y tomó la decisión de seguir con las prácticas.

Entrenaron todo el tiempo del verano en que las matas de mango terminaron de madurar sus frutos, y los mamoncillos engordaron su pulpa. Cuando ya no había ni mangos ni mamoncillos en las ramas...

—¡Estás listo! Preséntate al entrenador de la escuela y muéstrale lo que sabes.

—¡Mañana mismo! —respondió Lino, con gran entusiasmo. Al percatarse de que su amigo se despedía, le preguntó.

—¿Faltarás por mucho tiempo?

—Un poco —respondió éste—. Tengo trabajo por otros lugares

—Toma —, y el niño le extendió su gorra de pelotero—. Es un recuerdo.

Se dieron el fuerte abrazo de los amigos. El ángel tomó altura y distancia. El muchacho inició el camino de regreso a casa.

Cuando el ángel estuvo algo lejos se acomodó sobre una nube, usó de su incipiente magia y se alargó la pierna (el poder de sus hechizos sólo era efectivo, por ahora, sobre sí mismo). Se puso la gorra y se quedó pensativo. —¡Uf, qué faena! —murmuró—. En lo adelante, lo veré jugar una que otra vez, desde lejos. Tengo que salir de escena, él hará lo que le corresponda. Debe de crecer solo.

Un triste pensamiento le pasó por la cabeza: “¿Y si no lo dejan formar parte del equipo?.”

Y decidió no abandonar el caso de Lino hasta llegar al final de la historia, por si las moscas.

Al otro día estaba vigilante cerca del campo de entrenamiento. Podía observarlos a todos, pero él resultaba invisible para los demás. De esta forma fue como pudo ver al niño cuando habló con el entrenador y luego observarlo en el momento en que fue a hacer su prueba de campo.

Lo primero que hizo Lino fue lanzar la pelota varias veces desde el montículo del lanzador.

¡Qué curvas! ¡Qué líneas! Brincaba de contento el observador sobre la nube. Luego, el ángel lo vio tomar el bate y esperar el primer lanzamiento y... ¡Se escuchó un sonoro toc por todo el ámbito!. Al instante, sintió que el roce de la pelota al pasarle le arrancaba plumas de un ala.

En el campo de juego se hizo silencio primero, y luego se escucharon los aplausos y los viva de los jugadores. Observó cómo el entrenador abrazaba a Lino, felicitándolo.

- ¡He terminado mi primer trabajo! — exclamó para sí el ángel—. ¡También yo recibiré felicitaciones de los míos!

Y alzó el vuelo en busca de nuevos problemas que resolver.

***Magaly Sánchez Ochoa***

***CUBA***

***[deyma@cubarte.cult.cu](mailto:deyma@cubarte.cult.cu)***

## EL PLANETA AZUL

Muy lejos de nuestra galaxia está situado un mundo donde todas las criaturas solían ser azules. Azules eran no sólo el cielo y las aguas, sino las plantas, las mariposas, las aves, los elefantes, las jirafas, los gatos, los perros y los Indigos, que era como se llamaban a sí mismos con orgullo los seres humanos que lo poblaban. Conocían los demás colores, y a veces los usaban en sus casas, en las portadas de sus libros, en sus adornos o en sus pinturas, pero no concebían un ser vivo que no fuera azul, porque era lo que siempre habían visto desde el principio de los tiempos.

Pero sucedió que un día, en el reino de los Indigos, nació un niño de color rosa. Por lo demás era bien parecido a cualquier otro Indigo, incluso en la sonrisa, pero esto no parecieron notarlo sus compañeros de escuela, ni sus maestros, ni sus vecinos o amigos del barrio, que siempre lo trataban como si fuera un ser inferior o diferente, todo por esa tontería del color; sin pensar que cada uno de nosotros – y de ellos – es realmente diferente al otro, pero porque no nos gustan los mismos libros, o los mismos juegos, o pensamos distinto: a algunos nos gusta bailar, a otros pintar, a otros ir al cine, a otros cantar, a otros coleccionar sellos, a otros mirar a las estrellas... Y esta diferencia, en cambio nadie la nota, ni aquí, ni allá.

El caso es que Rosado – así le pusieron sus padres, que no encontraron otro mejor modo de llamarlo, a pesar de que lo amaban mucho porque el amor de los padres es incondicional –, siempre se sintió discriminado por su color, y esto era muy triste, porque era un muchacho muy despierto e inteligente. Pero a pesar de que estudió botánica y se graduó con honores en la Universidad, no se le permitió trabajar como investigador sino como jardinero. No obstante, fue tan bueno en su profesión, tan original y creativo, que terminó trabajando de jardinero en el palacio real.

Todos los días miraba, mientras recortaba, podaba, replantaba y regaba las lindas flores de los jardines reales, a la princesa Celeste pasearse por los laberintos de azules árboles que él construía con precisión matemática, sembrando islas, corceles, figuras mitológicas como grifos, dragones o esfinges, o gigantescas mariposas que al golpe del viento movían sus alas compuestas de hojas. La princesa era muy bella y el jardinero la amaba en silencio, pero no se atrevía a confesarle sus sentimientos, porque sabía que por la diferencia de su color nunca sería aceptado como su pretendiente.

La princesa, no obstante, no parecía notar mucho su color rosado, pues se sentaba y conversaba con él largo rato; hablaban no sólo de las flores y las plantas, sino de la inmensidad del Universo, de la amistad y de las maravillas aún por descubrir en mundos inexplorados. Mas el muchacho, a pesar de que disfrutaba enormemente estos ratos junto a ella, sabía que de ser descubierta su amistad, le sería prohibido mirar siquiera a su amada, para no hablar de que

podía ser encarcelado, o desterrado... todo porque era ligeramente distinto al resto de los habitantes del planeta.

Un día, una extraña epidemia comenzó a azotar a los niños y niñas del reino Indigo. Extrañas manchas de color rojo les salían en la piel, ardiéndoles y dándoles mucha picazón, si las rascaban, era peor, porque se convertían en ronchas... Así no se podía ir a la escuela, ni salir a pasear o a hacer visitas; peor aún, los padres no podían ir a trabajar porque tenían que quedarse en casa a cuidar a sus hijos enfermos. Si la enfermedad seguía extendiéndose, el reino iría indudablemente a la ruina, porque ya nadie asistía a las fábricas, a las oficinas o a los centros comerciales; hasta los parques estaban vacíos, ¿quién va a querer jugar con esas manchas tan molestas y piconas?

El rey, temiendo una catástrofe de mayor envergadura, ordenó a sus médicos, científicos y farmacéuticos que buscaran entre las medicinas existentes alguna que curara el mal de las manchitas rojas; muchos de ellos se excusaron, porque tenían que cuidar a sus niños de que no se rascaran demasiado o se le infectaran las ronchas que se hacían de rascarse, pero los que quedaron disponibles tampoco pudieron hallar la solución entre todas las medicinas que existían en el reino.

El soberano de los Indigo lanzó entonces una proclama, anunciando que aquel que descubriera el remedio para la enfermedad que azotaba a los pequeños, sería su sucesor y se casaría con la princesa Celeste. Pasaron tres días sin que nadie respondiera a su llamado, ya todos los niños del reino se rascaban sin cesar y estaban llenos de pequeñas ronchas rojas... Y pensar que hasta no hace mucho sus padres despreciaban todo lo que no tuviera color azul.

Al amanecer del cuarto día tocó a las puertas de palacio el joven Rosado, pidiendo ser llevado inmediatamente ante el monarca. Una vez ante él, le dijo que había descubierto el remedio para el mal de las manchas rojas en una flor que crecía abundantemente en todos los jardines: un simple cocimiento con sus hojas y en 24 horas ya los niños estarían curados.

Mientras los heraldos reales cabalgaban por todo el reino en sus caballos de hermosas crines azules, anunciando la solución, y los padres corrían a hacer cocimientos con aquellas flores, el rey de los Indigo enfrentaba un dilema: Hasta el momento había despreciado a Rosado por su color, había hecho que trabajara de jardinero a pesar de saber que era un excelente botánico, y ahora debía cumplir la promesa de casarlo con su hija y de nombrarlo su sucesor; todo porque había descubierto el remedio para volver de nuevo a su azul normalidad a los seres más inocentes de su mundo... Por ironías del destino, a su muerte el reino estaría gobernado por alguien de piel distinta a la suya.

Consultó con su hija, y para su sorpresa, la princesa Celeste le dijo que había aprendido a amar al joven Rosado por la belleza de su alma, por su inteligencia y por sus buenos sentimientos, sin mirar jamás el color de su piel. (Rosado casi se desmaya de alegría al oír tal confesión, pero se aconsejó mejor

y corrió a abrazar a su novia). De este modo, el rey no tuvo más remedio que aceptarlo como su yerno y anunció la boda para el día siguiente.

Habría que ver qué hubiera pasado de negarse el soberano a cumplir su promesa: al otro día, todos los niños del reino estaban en las puertas del palacio, pidiendo ver a Rosado, para agradecerle por su rápida curación. Los padres habían tenido que reincorporarse a sus trabajos, pero no paraban de enviar telegramas, cartas, tarjetas y flores para el salvador de sus hijos y del futuro del reino. De este modo la boda se celebró plena de alegría, con muchos pequeños invitados correteando por los jardines.

Cuando Rosado y Celeste tuvieron un hijo, y vieron que era un precioso bebé de color violeta, lo abrazaron y dijeron que era el niño más lindo que puede imaginarse. El rey estuvo de acuerdo en que su nieto era una preciosidad.

Al poco tiempo nació en una familia cualquiera otro niño color de rosa, y luego una niña, y en otra nacieron gemelos, y pronto hubo muchos niños rosados en el planeta; pero ya eso no tenía importancia porque lo que los hacía diferentes era la película preferida, o el libro más leído, o el cantante favorito, o lo que habían soñado la noche anterior, o si les gustaba jugar con pelotas o a los escondidos, o coleccionar sellos, minerales, postales o monedas, o los perros, o las tortugas, o los gatos...

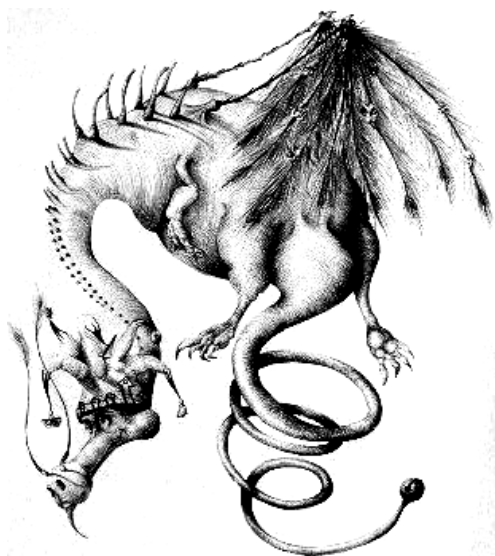
De esto que les cuento hace ya mucho, mucho tiempo. Ahora en ese planeta lejano todos son de color violeta, aunque a veces todavía nace un bebé de tonos rosados o azules... Pero eso ya no sorprende a nadie.

***Marié Rojas***

***Cuba***

***[tgrafica@cubarte.cult.cu](mailto:tgrafica@cubarte.cult.cu)***

## Feroz



respirarlo a dentelladas.

Niño, no molestes al dragón. Es muy mayor, está cansado, pero es bastante más grande que tú y podría tragarte de un bocado, así que deja de darle patadas y colgarle latas en la cola o se enfadará. Se llama Feroz, aunque no lo parezca acurrucado junto a mis pies, restregándome parte de su coronilla y la totalidad de su querencia. Cuando yo era pequeña, él dormía en mi cuarto, en la cama de al lado. En invierno no necesitaba mantas teniéndole cerca. Se le caía la baba cuando dormía y desprendía gotitas de lava, y si roncaba, tostaba el oxígeno con pequeñas llamaradas hasta dejarlo crujiente y listo para

¿Sabías que se puede guardar un dragón en una caja de cerillas? Sólo hay que plegarlo infinitas veces hasta que quepa con holgura. Una vez dentro, quedará sitio para un caracol o para un hámster o para un niño de tu tamaño, según las ganas de continuar plegando. Abriendo la cajita se podrá encender la noche o las hogueras, ¿qué prefieres? Si encendemos la noche, hoy cenarás sopa de estrellas. Si encendemos las hogueras, acudirán luciérnagas y brujas, y podrías confundirlas o podrían confundirte ellas con una rama de almendro, y todas querrán posarse en ti y tendrás que correr mucho para que no te alcancen.

Pórtate bien con el dragón y será tu mejor amigo. Que nunca le falte un cuenco de gasolina y alimentos con mucho fósforo. Cuídamelo hasta que vuelva. No me lo puedo llevar de viaje al país del hielo.

**Elena Román**

**Córdoba, España**

**[gelen13@hotmail.com](mailto:gelen13@hotmail.com)**



## EL BOSQUE DE VADUZ

Corría el año 1547 en una pequeña aldea muy cercana a Vaduz, capital de un exiguo Principado situado entre la actual Confederación Helvética y Austria, dónde vivía un niño muy despierto llamado Alejandro.

A éste pequeño le gustaba ir con sus amigos todas las mañanas de verano a un viejo puente de madera situado a la entrada de la ciudad, allí pasaban horas y horas pescando y charlando sobre las correrías y aventuras que iban a realizar durante el resto del día.

Así, un día que se encontraban en aquel lugar, transcurrida buena parte de la mañana Alejandro ya cansado de una pesca infructuosa, pues los cestos donde recogían el pescado estaban vacíos de carpas y esturiones, decidió acercarse a la ciudad con sus amigos.

Ese día en la villa había mercado, y allí se concentraban comerciantes de todas las aldeas limítrofes. Era un espectáculo variopinto, pues se compraban y vendían toda clase de cerámicas, animales, alimentos, e incluso los comerciantes más hábiles realizaban el trueque con productos perecederos.

Para estos niños el día de mercado era un aliciente en sus vidas, pues así podían charlar con gentes venidas de otras tierras y descubrir cosas que hasta entonces desconocían.

Corrían y reían, mientras jugaban entre ellos, burlándose de las voces que daban los mercaderes al vender sus productos, imitando sus gestos, y probando algunas de las frutas que encontraban más exóticas.

De repente, en el centro de la Grand Place un grupo de comediantes atrajo su atención, había varios come fuegos que lanzaban llamaradas a más de dos metros de distancia, junto a éstos un gigante con alzas paseaba entre aquella muchedumbre atónita por la destreza de aquellos artistas que hacían las delicias de niños y adultos.

Tras finalizar la actuación de los titiriteros, decidieron acudir a visitar a su amigo Tomasso que se encontraba enfermo pues había contraído una misteriosa patología, una especie de fiebre de dudoso origen .

Al llegar los niños a casa de su amigo, su madre les recibió advirtiéndoles que no se acercaran demasiado a Tomasso, pues la fiebre era contagiosa.

Estos desde la puerta de la habitación veían como su madre le ponía cataplasmas frías para aliviar el calor de la fiebre.

Alejandro y sus amigos se sentían tristes al observar el estado de Tomasso.

Así, tras varios minutos en el interior de la casa decidieron marcharse, para seguir jugando por el mercado y tratar de olvidar momentáneamente aquella dura escena.

El bullicio continuaba en el mercado y los comerciantes apuraban las últimas horas que quedaban para vender sus productos.

Al pasar por uno de los puestos Alejandro vio algo que llamó poderosamente su atención, se detuvo en silencio, mientras los demás amigos le preguntaban:

- ¿Que es lo que pasa Alejandro?
- Nada, respondió él.

Y acercándose lentamente a aquel lugar se fijó en un gran hongo de color rojo intenso moteado de puntos blancos, que el comerciante guardaba metido en una gran urna de cristal.

Entonces Alejandro le pregunto:

- ¿Señor que es eso?

El comerciante le respondió:

- Esto es un hongo gigante, niño.
- ¿Un hongo gigante? Respondió Alejandro.
- Si, tiene unas propiedades mágicas.
- ¿Y que propiedades son esas, señor?
- Este hongo cura las enfermedades más diversas y extrañas.

Inmediatamente Alejandro pensó en su amigo Tomasso y dijo:

- Señor, verá yo tengo un amigo que está muy enfermo, tiene una extraña fiebre y no saben como curarle.
- Usted podría darme una pequeña porción del hongo para ver si se cura mi amigo.

-Pequeño, este hongo solo puede curar si lo aplica la persona que lo ha encontrado y yo no lo he hallado, por eso lo vendo como un alimento.

Alejandro entonces le preguntó al comerciante:

- ¿Dónde puedo encontrar hongos como este?

El mercader le respondió diciéndole:

- Cerca de aquí hay un bosque que le llaman el bosque de Vaduz, allí dicen que hay muchos de estos hongos

Enseguida, Alejandro convenció a sus amigos para que le acompañaran hasta aquel lugar.

Algunos de ellos se negaron diciendo que era un sitio desconocido y que no querían correr ningún peligro.

Al final, Alejandro les dijo:

- Bien, no importa lo haré sólo, sois una pandilla de miedosos y asustadizos.

A escasos metros de donde comenzaba el bosque se alzaba un castillo perfectamente almenado, con grandes puertas de madera y con unos conos de piedra que cubrían sus poderosas torres, dejando hermética aquella fortaleza, desde allí los amigos de Alejandro veían como éste se iba alejando de ellos y penetraba lentamente en aquel frondoso y tupido bosque.

Una vez dentro de aquel laberinto de árboles que únicamente dejaban pasar unos finísimos haces de luz entre sus hojas, pues la espesura era sumamente densa debido a la gran cantidad de columnas vegetales, que poblaban aquel lugar, Alejandro continuó su camino sin saber muy bien adonde dirigirse, entre tanto, ya habían transcurrido varias horas y Alejandro había perdido el sentido de la orientación, todos los senderos le parecían iguales, cansado de andar se sentó a descansar.

De repente, un pequeño gnomo le dijo:

- Alejandro no te preocupes, yo te indicaré el camino para salir de aquí.
- ¿Quién eres tu?, respondió el niño.
- Soy un Gnomo, un duendecillo del bosque.
- ¿Vives aquí?
- Vivo aquí desde hace más de doscientos años.
- ¿Tantos?
- Si, los Gnomos somos muy longevos.
- Acompáñame, te indicaré el camino de vuelta a casa, le dijo el gnomo.
- ¡Espera! Respondió Alejandro.
- ¡No quiero irme a casa!
- He venido a buscar un hongo gigante con propiedades curativas.
- Se donde están, pero ese lugar esta al otro lado del lago.
- ¿Y como puedo llegar allí? Replicó Alejandro.
- No te preocupes, te presentaré a Delfa la sirena del lago, ella te llevará hasta el lugar que buscas.

Minutos más tarde, Alejandro y el Gnomo llegaron a la orilla de aquel precioso lago, instantes después surgió de las aguas una joven y encantadora sirena con el cuerpo laminado de escamas y una gran cola tornasolada.

- Delfa este niño es Alejandro, ha venido a este lugar en busca de los hongos curativos para sanar a un amigo suyo, afectado de unas altas fiebres; tiene que dirigirse a la otra orilla del lago, cerca de allí es dónde crecen esos hongos.

Delfa tras besar en la mejilla a aquel niño le dijo:

- Agárrate a mi cola y nada mientras nos sumergimos en las profundidades del lago.

Alejandro se despidió de su amigo el gnomo y pronto se encontraba surcando las azules y transparentes aguas de aquel pequeño mar.

Mientras iba sumergido veía a su alrededor un sinfín de pequeños peces de vistosos colores, enormes praderas de algas, y un fondo marino lleno de arena de un color oro brillante que parecía reflejar todos los rayos del sol.

Una vez llegaron a la otra orilla, la bella sirena alertó sobre los peligros que podían acechar al pequeño Alejandro.

Pero éste valientemente movido por el tesón solo pensaba en conseguir el mágico hongo para curar a su amigo.

Después de alejarse de la sirena Alejandro avanzaba entre los manglares, llenos de raíces, que parecían evocar las piernas de unos árboles que trataban de escapar de aquel tétrico lugar.

Pero de nuevo encontró a un amigo: Hérmes el unicornio, un pequeño caballo alado de color blanco ártico y con un minúsculo cuerno en la cabeza.

Hérmes preguntó a Alejandro que como había llegado hasta allí, el niño le explicó lo acontecido hasta ese momento.

El unicornio le dijo a Alejandro que las setas gigantes crecían en el borde de un precipicio, y que para acceder a aquel lugar era necesario llegar por el aire.

Hérmes invitó al niño a subir a sus lomos e instantes después se encontraban sobrevolando aquella tierra maravillosa, mientras el caballo alado batía sus extremidades, el viento refrescaba la cara de nuestro protagonista, que no dejaba de mirar aquel paisaje lleno de color y magia.

Pronto Alejandro divisó la pared donde se encontraban prendidos aquellos hongos, y su expresión facial cambió radicalmente.

Hermes le depositó con sumo cuidado en la cima de aquella montaña, y nuestro protagonista tras despedirse de él, comenzó su ardua tarea.

Minutos después tenía en sus bolsillos varios trozos de aquel hongo mágico, había sido difícil pero la recompensa iba a ser muy grande.

El regreso a casa fue sencillo para nuestro protagonista, parecía orientarse con suma facilidad como si alguien le fuera indicando el camino, y nada más cierto, pues los pájaros con su sonido iban conduciendo al niño por el sendero correcto; tuvo tiempo de reencontrarse con Hermes al que mostró con orgullo los trozos de tan preciado musgo, más tarde encontró a Delfa a quien enseñó también lo conseguido, y finalmente halló al gnomo quien felicitó a Alejandro por su tenacidad y valor para alcanzar un buen fin como era recoger aquella talofita mágica para conseguir la curación de un amigo suyo.

Alejandro tras pasar varios días en aquellas tierras llegó a Vaduz, y tras explicar a sus padres lo ocurrido se dirigió a casa de su amigo Tomasso, su madre estaba llorando y Alejandro aplicó el liquen en la frente de su hijo.

Varias horas después, Tomasso se encontraba perfectamente restablecido, aquella patología había desaparecido, y en su lugar había dejado paso a una alegría inmensa para el niño enfermo y su familia.

Pronto los amigos de Alejandro y Tomasso se enteraron de la buena noticia y corrieron a casa de éste último para poder volver a jugar con ambos.

Al día siguiente, toda la ciudad conocía el hecho y se celebró una gran fiesta, para reconocer el mérito de Alejandro que movido por sus propias convicciones personales basadas en valores como la amistad, la valentía, o la solidaridad, había sido capaz de salvar la vida de un amigo.

***Valentín Justel Tejedor***

**ESPAÑA**

[vjt0770@hotmail.com](mailto:vjt0770@hotmail.com)

[justel\\_es@ono.com](mailto:justel_es@ono.com)

## Carabonita

Esta historia sucedió en la época de los príncipes y las princesas. En esa época los monstruos acostumbraban subir, por las noches de luna nueva, a las torres de los castillos para asustar a las princesas y raptarlas.

Mientras las princesas se ocupaban, desde chiquititas, en aprender juegos de princesa, coleccionar figuritas perfumadas, usar vestidos con puntillas y ensayar grititos agudos y punzantes por si les tocaba vivir la fea experiencia de ver a un monstruo en su balcón; los monstruos, por su parte, se ocupaban de jugar juegos de monstruos: coleccionar cucarachas peludas, afilarse las pezuñas y los dientes, practicar gruñidos graves y cascados por si les tocaba vivir la emocionante experiencia de subir al balcón de alguna princesa para asustarla.

Una primavera nació en la caverna de los monstruos un nuevo monstruito, lo llamaron Ruperto. Era el menor de los cinco hijos de la familia Buuuuh: Heriberto, Filiberto, Mamerto y Dragoberto.

Sus papás, Rigoberto y Berta Buuuuh estaban chochos. Era la primera vez que uno de sus hijos nacía en primavera y una bruja, amiga de la familia, les había augurado *“sorpresas y futuro asombroso para el pequeñin mounstruín nacido en esa estación tan poco mounstruosa”*. Rigoberto y Berta no creían mucho en esas cosas peero -Uno nunca sabe- comentaba Berta mirando babosa a su cachorrito de monstruo.

Con los bebés monstruos pasa lo mismo que con los bebés humanos: cuando recién nacen son todos medios feúchos. La diferencia es que los monstruos a medida que van creciendo se ponen cada vez más feos y eso a sus papás les encanta.

En la cueva de los Buuuuuh, a medida que pasaban las semanas y los meses crecía una inquietud: Ruperto no tenía la nariz verrugosa de su papá, ni la lengua azul de su mamá, ni pelos verdes y negros en todo el cuerpo como sus hermanos, ni las tan admiradas orejas enormes y puntiagudas que había tenido su abuelo Norberto, ni los gigantescos dedos con garras negras de la tía Alberta. Nada de eso. Rupertito Buuuuh tenía ojos verdes con largas pestañas oscuras. El pelo castaño, suave, enrulado y la naricita recta. Si había un bebé monstruo que no era nada feo, ese era Ruperto. Es más, era un bebé precioso. Mamá Berta y papá Rigoberto intentaban no preocuparse pero no podían.

Ruperto crecía cada vez más lindo y en la caverna se ganó el apodo de “carabonita”. Los demás monstruitos se burlaban de Ruperto y cuando querían ponerlo nervioso le cantaban:

*Carabonita  
naríz chiquitita  
Ruperto se casa  
con una princesita*

¡Pobre Ruperto! Lo único que había hecho era ser lindo -¿Qué tenía eso de malo?

En el palacio de la familia Mirevea, reyes de Villa Caramañola, la menor de las princesas jugaba a las cartas en lo alto de la torre, donde estaba su cuarto. Jugaba al solitario y, obviamente, jugaba sola. Terminaba y volvía a empezar, una y otra vez. La pequeña Irene odiaba estar sola pero prefería eso antes que escuchar las cargadas de sus hermanas, primos y vecinos. Irene Mirevea era una nena muy buena, inteligente y nada caprichosa. Pero, a pesar de todo esto, los otros chicos se la pasaban molestándola. Nada más que por haber heredado los rasgos menos agradados de sus parientes:

- la nariz gorda de su tío Otilio
- las orejas peludas de su abuela Ofelia
- los dientes enormes de su papá Obdulio
- el pelo ralo y verdoso de una prima lejana, Aurelia

Todo junto. Y claro, linda no era.

Pero tampoco nadie llegaba a conocer como era Irene. Ni que color le gustaba más. Ni si sabía jugar al rango. Ni como dibujaba. Ni si prestaba o no prestaba sus juguetes. Apenas aparecía en el vestíbulo del palacio todos los chicos empezaban a cantar:

*Irenea Carafea  
para casarte  
un monstruo te espera*

¿Feo, no? Tan feo que aunque los papás de Irene intentaban consolarla no encontraban ni los mimos ni las palabras suficientes para lograrlo. Y la princesa se pasaba las tardes en lo alto de su cuarto dibujando en un cuadernito azul o jugando solitarios.

Y todo ocurrió una noche de luna nueva.

Ruperto había cumplido quince años y si no fuera porque era un monstruo, cualquiera que lo hubiera visto por la calle, hubiese dicho que era el muchacho más hermoso de esa época. Claro que en la caverna de los monstruos eso significaba todo lo contrario. Hasta sus tías habían hecho consultas secretas con brujos y cirujanos estéticos para practicarle alguna cirugía, brujería o ¡algo! Para solucionar la espantosa condena de llevar esa cara bonita toda su vida. Ruperto estaba harto de los chismes, las cargadas, las miradas. Así que esa noche sin luna tomó una decisión.

Hoy les daré una sorpresa  
Voy a subir a una torre  
y asustaré a una princesa  
¡Hoy voy a demostrarles a ellos  
que soy monstruo muy monstruoso,  
aunque digan que soy bello!

Ruperto caminó rápido por el atajo que llevaba a los reinos más cercanos.  
Cuando llegó a un cruce de caminos encontró dos carteles.

**Hacia allí: Reino de Malibú .**  
**Hacia allá: Reino de Caramañola.**

Y, sin saber muy bien por que, fue hacia allá.

Mientras tanto en su cuarto Irene se soñaba con un príncipe que la invitaba a dar vueltas en calesita. Soñaba que comían cubanitos y que siempre sacaban la sortija.

Por el camino Ruperto vio desde lejos un castillo casi azul con cuatro torres . Mientras se acercaba iba eligiendo en cual de ellas subiría:

*-En la cueva de los monstruos todos cuentan hasta ocho*

*Mons uno - mons dos - mons tres- monscuatro - monscinco - monsseis - monsiete yyyyyyy.....;mons ocho!*

Irene se despertó de golpe acalorada. Le pareció escuchar que alguien se acercaba. Pero en el cuarto no había nadie. Abrió la ventana para que entrara un poco de aire y se volvió a acostar.

Era la primera vez que Ruperto trepaba a una torre tan alta, como no tenía garras afiladas ni pies con ventosas como los otros monstruos, le costaba mucho. Los dedos finos y suaves se le raspaban y le dolía bastante. Por fin alcanzó la ventana de la torre. Rogó haber acertado y que allí adentro hubiera una princesa, juntó fuerza y de un salto se metió en la habitación.

*-¡¡¡¡¡AAAAAHHHHHHH!!!!!!!-* Gritó Irene porque esa vez sí, alguien había entrado a su cuarto.

*-¡¡¡¡¡Socorrroooooo!!!! UN MONS.....-* Pero cuando miró al hermoso muchacho que hacía muecas increíbles con la cara y gruñía

*¡AAARRRRRRFFFFGGGG!*, se quedó callada, con la boca abierta en forma de OOO y se preguntó: ¿Quién es este bellísimo príncipe que trepó para hacer ridiculeces en mi ventana?

Por su parte Ruperto miraba a Irene desorbitado, encantado y babeando ¿Qué hacía allí esa horrible monstruita vestida graciosamente con camisón de princesa?

Y comenzó la confusión:

Irene: *-¡¡¡Basta, basta de gritar AARRRGGGGFFFF!!*

*¿Quién eres tu bello príncipe?*

*¿Qué buscas en mi balcón?*

*¿Por qué gritas y babeas?*

*¡Mojarás mi camisón!*

Ruperto: *- ¡No! Tu también te ríes de mi cara*

*diciéndome que soy bello*

*¡Ay espantosa monstruita!*

*¡Cómo quisiera tener tus verrugas en mi cuello!*

Irene: *¡¡¡NO NO NO NO!!! -Gritó la princesa pataleando contra el suelo.*

*-¡Interrumpiste mi sueño para decir que soy fea!*

*¡No lo voy a permitir!*

*Trepaste hasta mi ventana, rompiste la enredadera*

*¿Te tomaste ese trabajo sólo para hacerme sufrir?*

Ruperto: *Yo no entiendo que te ofende,*

*¿Por qué te enojan mis dichos?*

*Perdóname y gritaré fuerte:*

*¡¡Eres más fea que un bicho!!*

Irenea: *¿Cómo voy a perdonarte?*

*¡Esto es una locura! .*

*No dejaste de burlarte*

*mostrándome tu hermosura*

Ruperto se puso a llorar desconsoladamente, porque cada vez que intentaba ser amable con la monstruita ella le contestaba con insultos. La princesa lo vio tan triste que le salió del corazón acercarse y hacerle un mimo. Como Irenea era muy inteligente, se dio cuenta que ese muchachito era un buen tipo y que algo extraño estaba pasando.

-Bueno, bueno, no llores más -lo consoló Irenea. -Calmate y contame como te llamás, quien sos, a qué viniste, como llegaste, cuantos años tenés, que color te gusta más, si te gusta dibujar, si jugás al solitario, si...

Ruperto se limpió los mocos con el brazo y comenzó a contestar una por una las preguntas de Irenea. La princesa Mirevea no podía creer que ese muchacho tan encantador fuera lo que decía que era ¿Un monstruo?

-¡Claro que soy un monstruo! Lo que pasa es que tuve la mala suerte de nacer así de lindo. Todos se burlan de mi... ¿Alguna vez se burlaron de vos?.

Irenea entendió lo que estaba pasando. Y se animó a confesarle a Ruperto que ella en realidad era un princesa (cosa que al monstruo también le costó muchísimo creer).

-¡Carafea! Me dicen - se quejó Irenea

-¡Carabonita me dicen a mí! - sollozó Ruperto

-¡¡Qué lindo sobrenombre!! - dijeron juntos. Se tentaron hasta revolcarse en el piso de la risa. Era la primera vez que Ruperto e Irenea se reían así.

El monstruo y la princesa se dieron cuenta que tenían muchas ganas de ponerse de novios. Y así lo hicieron:

Irenea fue la novia más fea de toda la caverna. Ruperto fue el novio más lindo de todo el palacio. Ya nadie se burló nunca más de ellos, ni de nadie lindo, ni de nadie feo.

Alguien escribió en el muro que separaba la caverna del palacio el final de este cuento:

*¿Quién es monstruo? ¿Quién princesa?*

*¿Quién es feo y quién belleza?*

*Aunque algunos les pregunten*

*a ellos no les interesa*

*Se miran, se hacen un mimo*

*y responden con certeza*

*¿En dónde está la fealdad? ¿En dónde está la belleza?*

*Feo es estar aburrido, que te duela la cabeza...*



## **Bello es compartir con alguien**

*una risa  
una tarde  
y una torta con cereza.*

### ***El monstruo ridículo en: “Celos monstruosos”***

Polikarpio sospechó que algo raro sucedía mucho antes de que sus papás anunciaran la noticia. Dicen que eso es muy común. Él sentía que ya no eran los mismos. La cosa es que Polikarpio tampoco era el mismo. Prefería quedarse pegoteado a su mamá antes que salir con sus amigos a asustar gente. Gimoteaba por cualquier pavada, se encaprichaba frecuentemente y había retomado el viejo vicio de chupetearse las garras de la mano izquierda. Mas de una noche se pasaba de cama y amanecía dormido entre papa y mama. Polikarpio sospechaba que algo raro sucedía. Y tenía razón.

Dos semanas después de haber empezado todo esto recibió la noticia.

-¿A que no sabes que tiene mami en la panza? – preguntó su papá

-No me gustan las adivinanzas –contestó Polikarpio

- Es una sorpresa – dijo mamá con tono alegremente tonto
- No me gustan las sorpresas –contestó Polikarpio
- ¡Pronto vas a tener compañía! –agregó mamá entusiasmada (con el mismo tono)
- No me gusta estar acompañado –contestó
- ¡Es que vas a tener un hermanito!! –dijeron a coro papá y mamá
- NO me gustan los hermanos –gruñó con voz grave

Se hizo un silencio duro. Los papás de Polikarpio se miraron, subieron los hombros y los bajaron.

-Vas a ver lo lindo que es ser hermano mayor –dijo papá

- Vas a enseñarle taaantas cosas a tu hermanito –agregó mamá
- Va a estar orgulloso de tenerte como hermano –insistió papá
- ¡Bueno basta! – ordenó Ruperto. Y se fue de la caverna

¿Hermanito? Sonaba tiernamente horrible, dulcemente puajjjjjjjjjjjjj

Los hermanitos monstruos nacían y daban vueltas carnero por toda la caverna, se metían en el cuarto de los hermanos mayores y no sólo les toqueteaban los juguetes: se los comían, los trituraban con sus garritas, los llenaban de pelos cuando tenían el primer cambio de piel y de baba pegajosa cuando les salían los primeros colmillos. Horrible. Asqueroso. Repugnante. Noqueriahermanitodeningunamanera.

Mientras tanto, la panza de la mamá de Polikarpio crecía minuto a minuto, día a día, a la semana ya medía lo mismo que una pelota playera. Nueve semanas después (los monstruitos están listos para salir al mundo en nueve semanas) nació el hermanito de Polikarpio. Que no era hermanito. No. ¡Oh

sorpresa! Era hermanita. Tenia el cuerpecito verde musgo, tres ojos violeta, dos garritas filosas, un par de pezuñas partidas, un par de lenguas grises y el llanto penetrante, penetrante y agudo (a diferencia de los bebés machitos, que tienen el llanto penetrante, penetrante y grave. La llamaron Bruñilda.

La primera noche que Polikarpio compartió el cuarto con Bruñilda no pudo pegar un ojo. Estaba seguro de que su hermana lloraría en medio de la noche, que gritaría justo cuando él estuviese soñando algo hermoso. Pero no. Bruñilda tomó de las tres tetas de su mamá, hizo un provechito (provechito es un decir, Polikarpio no pudo entender como una cosita tan chiquitita hubiera producido semejante estruendo) y se durmió. Toda la noche durmió.

Durante el día Polikarpio la observaba sin acercarse demasiado. A veces su mamá le pedía que le alcanzara la harina de cardos con que le empolvaba el culito, o algún juguete que Bruñilda tiraba al suelo. El sabía que su mamá hacía eso para que se acercara, pero no se animaba. Temía que si lo hacía... un día un poco y otro un poco más, pasara lo peor... Apartó esa horrible idea sacudiendo su cabeza peluda.

Bruñilda comenzó ocupar lugar. Cuando venían sus amigos llamaba la atención. Los tontos se quedaban un rato haciéndole morisquetas, hasta le traían regalitos. Ella los buscaba y se les pegaba. Las monstruitas cuando están alegres transpiran un sudor pegajoso, una especie de engrudo amarillento. Si alguien se acerca se les quedan pegadas. Así que había tardes que sus amigos jugaban con Polikarpio llevando a Bruñilda pegada en la espalda.

Ella estaba chocha. A ellos no les molestaba. A él sí.

Polikarpio se aguantaba, apretaba garras, pezuñas y dientes. Y seguía sin acercarse demasiado. No podía dejar de temer que un día sucediera lo peor. Volvió a sacudir la cabeza peluda para apartar esa imagen espantosa de su mente.

Pero no pudo evitarlo. Eso que él llamaba “lo peor” para no nombrarlo, pasó nomás.

Una noche oscura ¿Por qué siempre tenía que sucederle cosas en las noches oscuras?

Polikarpio escuchó una conversación entre su papá y su mamá. Ella tenía la voz preocupada, como la vez que él se había agarrado una pezuña con una roca y esperaban al doctor Frankie para que lo curara.

-No se, no se -dijo su mamá- ya pasaron veinte días es muy raro que Bruñildita no haya hablado nada.

-Querida- intentó calmarla su marido- tenemos que tener paciencia ya va a hablar

-Pero todos los monstruitos hablan a la semana y nuestra cachorrita ni siquiera dijo mamá.

-Ni papá.

- Ni mamá, ni papá, ni omoplato, ni pantufla, ni choripán, ni caca... Nada .  
¿Qué le pasará?

-Esperemos unos días mas y después vemos, ¿te parece? Tenemos que ser pacientes.

-Mmmm –suspiró su mamá – trataré.

Polikarpio no lo había notado, tan preocupado que estaba en que no sucediera lo peor. Pero era cierto. Su hermana no había dicho ni una palabra. Nada, nada de nada. Eso no era común en los cachorritos monstruos y menos en la cachorritas.

Se fue a dormir preocupado, no le gustaba eso que pasaba y no le gustaba verlos así a sus papás. Aunque seguro que no era grave, en cualquier momento su hermana iba a empezar a hablar y chau preocupación, su mamá iba a cambiar la cara y hasta volvería a prestarle mas atención a él. ¿O acaso él no era tan importante como la cachorrita? Miró a su hermanita antes de ir a la cama. Dormía y se chupeteaba las garritas de la mano izquierda.

-Como yo – pensó. Sacudió la cabeza peluda y se metió en la cama. En la mitad de la noche Polikarpio abrió los ojos. había escuchado algo. La noche era oscura, negra, si luna no estrellas. Y en medio de la oscuridad volvió a escucharse...

Se levantó. Iba a salir de su cuarto para despertar a sus papas pero antes de que atravesara la entrada volvió a escuchar... .

Se acerco a la cuna, Bruñilda lo miraba, le sonreía y repetía con una vocecita ronca:

-PO LI KAR PIO. POLIKARPIO ¡POLIKARPIO! ¿POLIKARPIO?

Ni se acordó de sacudir la cabeza peluda. Polikarpio se abalanzo sobre la cuna apretó a su hermanita con un abrazo inmenso.

Bruñilda repetía: Polikarpiopolikarpio polikarpiopolikarpio

Al fin y al cabo lo que tanto temía había sucedido.

-Y lo peor es que me gusta – pensó Polikarpio. Y llenando de besitos a la pancita peluda de su hermana dijo bajito: te quiero Bruñilda.

**Graciela Sverdlick**

**Argentina**

**Email: [gracielas@sinectis.com.ar](mailto:gracielas@sinectis.com.ar)**

## UN MUNDO DE PLENITUD

Mucho antes de que el hombre hubiera pisado la Tierra, existió un mundo llamado Sirio, que giraba alrededor de una estrella del mismo nombre. En él existían seres de belleza inimaginable. Los más desarrollados eran los Neurons, que conocían y practicaban la magia como los humanos de hoy en día hacemos con la ciencia. El planeta era hermoso, las plantas crecían altivas, con flores que nunca se marchitaban. Jamás hubo frío ni calor, sequías ni inundaciones. Los frutos no se echaban a perder aunque estuvieran un año almacenados en un cesto. La lluvia se podía beber como un néctar que daba energía. Las noches no eran negras, sino iluminadas como los atardeceres de verano. Estas maravillas eran producidas por los Neurons, encargados de mantener el equilibrio. Estaban gobernados por un consejo de treinta y cuatro Magos, cada uno de los cuales era poseedor de un poder distinto. Cuando unían sus mentes, se manifestaba una entidad cósmica a quien llamaban El Protector, pero esto lo hacían solamente cuando tenían que enfrentar un problema al que no podían dar solución.

Un día, un ente llamado Trinum atacó a Sirio acompañado de su ejército de Estremecedores, que viajaban de planeta en planeta, conquistando reinos para su soberano. Trinum era increíblemente malo, como si se hubiera reunido en él toda la maldad del Universo. Conocía también la magia y la usaba para trasladarse con su fortaleza voladora por el espacio. Cuando conquistaba un planeta sembraba en él la destrucción, esto fue la que hizo al sentar sus dominios en Sirio. Al instante, lo convirtió en un lugar desolado. Su hermosa vegetación desapareció, así como sus seres multicolores, quedando solo los Neurons, que comenzaron a ser capturados y esclavizados. Por más que trataban de esconderse, siempre eran encontrados por los soldados de Trinum.

Sólo los Magos, que conocían técnicas para eclipsarse, lograron escapar. Finalmente, quedaron solos. Frente a este desastre, se reunieron en la cumbre de la montaña más alta y decidieron llamar al Protector. Este se manifestó con el rostro ensombrecido por la tristeza. Comenzó por decirles que Trinum era su hermano y que, a pesar de conocer su maldad, nunca pensó que fuera a invadir el mundo que él había ayudado a crear. Indicó a los magos que solo uno de ellos, Velorun, el mago de la Velocidad y el más joven del grupo, sería capaz de vencerlo. Éste, sorprendido, pero decidido a enfrentar al mal, dio un paso al frente. El Protector, entonces, le habló:

- Para tener éxito en tu misión deberás encontrar a otros tres elegidos, magos tan poderosos como los del consejo, que también han logrado escapar de la persecución; uno de ellos lo es sin saberlo. Deben ser cuatro, pues cuatro son los elementos esenciales de la creación y cuatro son los puntos cardinales, solo cuando estén reunidos podrán enfrentarse a la maldad. Ahora cada uno de los presentes te entregará parte de su energía vital para ayudarte en tu difícil tarea y aquí esperarán a que venzas, o pierdas, aunque te advierto que está en juego

mucho más de lo que puedes imaginar. Ve, y lucha para que nuestro amado Sirio vuelva a ser un mundo de plenitud.

En la medida que los Magos iban otorgándole su energía, se convertían en altas rocas colocadas en círculo. Al final, Velorun se encontró solo en la cima y, comprendiendo que había llegado el momento, partió... Sin saber por dónde empezar su búsqueda, decidió encaminarse a la fortaleza de Trinum, lugar tan conocido como evitado por los Neurons. Había caminado solo unas horas cuando sintió un débil toque en sus espaldas. Al volverse, vio a un Neuron cuyo rostro, pese a su aspecto cansado, irradiaba una suave luz. Usando parte de la que le había sido otorgada, le restauró la energía perdida. El Neuron le explicó que había seguido a los magos desde lejos, pero le había faltado el valor de unírseles. Se llamaba Boler, había logrado escapar gracias a su poder, consistente en crear bolas de fuego, que ahora usaba como armas para evitar ser atrapado.

Velorun vio que había encontrado a uno de los elegidos, le explicó su misión y éste aceptó inmediatamente unirse a la búsqueda. Al mediodía, fatigados, hambrientos y sin haber encontrado nada que no fueran casas abandonadas, decidieron acampar entre los altos juncos de una laguna. Desde allí vieron como a su orilla se acercaba un Neuron con una cesta. Les sorprendió mucho que no hubiera sido capturado, pero mayor fue su sorpresa cuando vieron cómo pescaba: con su cesto en la mano se acercó al agua y dijo:

- ¡Peces, aquí!

Los peces comenzaron a saltar a la cesta hasta que la llenaron, momento en que él les ordenó parar. Boler no pudo evitar que se le escapara una exclamación, y el pescador, al verlos, los invitó a compartir su cena. Mientras saciaban su apetito, les explicó que tenía el poder de controlar la mente de los demás, si así lo deseaba, por eso lo llamaban Mentus. Esto explicaba por qué no había sido apresado, pues distraía a los Estremecedores, confundiendo sus ideas. Los compañeros saltaron de gozo al comprender que habían encontrado al tercer mago. Le explicaron a Mentus qué hacían ahí, y le pidieron ayuda para encontrar al cuarto miembro, pues gracias a su poder era el que más se mostraba a la luz del día. Pero la respuesta los decepcionó:

- He caminado todo el planeta, tratando de encontrar la solución para librar a los nuestros, y les aseguro que somos los únicos Neurons que aún gozamos de libertad. Pienso que si hasta ahora las fuerzas del destino nos han llevado a encontrarnos y reconocernos, debemos seguir confiando en ellas y continuar nuestro camino rumbo a la morada de Trinum.

Aceptaron el sabio consejo y decidieron proseguir incansables hasta encontrar al que faltaba. Caía ya la noche cuando vieron a un Estremecedor que practicaba esgrima con un ser desconocido, semejante a él, pero de color azul claro, semitransparente, como el agua del mar cuando está tranquila - todos los Estremecedores eran de color azul intenso -. Al verlos quedó sorprendido de que

no corrieran a ocultarse. Mentus penetró en su mente y vio que estaba lleno de buenos sentimientos. Entonces, le envió un mensaje telepático:

"No somos tus enemigos, por favor, no nos agredas".

Algo confuso, el Estremecedor bajó el arma y en tono amistoso les dijo que su nombre era Valerig y el de su amigo Imaniu. Poco después, sentados a la sombra de un inmenso árbol, les contó su vida: Había sido criado, como cualquiera de su especie, en la obediencia ciega al amo; pero había visto su maldad y había decidido oponérsele, aunque aún no sabía como. Explicó que los Estremecedores no eran realmente malos, sino que estaban hipnotizados por Trinum, por algún motivo su mente podido resistirse a la influencia de la del malvado. Les dijo que Imaniu era un amigo imaginario que se había inventado y que un día se había materializado mientras contemplaba su reflejo en el agua, desde entonces tenía poder de duplicar todo aquello que pudiera ser reflejado en este elemento. Aunque pareciera imposible, los Neurons comprendieron que él, un Estremecedor, era el cuarto elegido, y estaban dispuestos a ayudarlos.

Mientras esto sucedía, Trinum, en la torre más alta de su fortaleza, miraba una tablero lleno de fichas que se movían solas hacia una, mayor que las demás, que lo representaba a él. Era un tablero mágico donde cada pieza simbolizaba a uno de sus oponentes, a través de él, podía adivinar sus movimientos. Supo de la reunión de los Magos, pero por leyes más antiguas que el tiempo no podía enfrentárseles cuando unían sus mentes. También veía los movimientos de los elegidos. Al ver que habían logrado reunirse, envió a su ejército a atraparlos, pues los quería vivos para usar sus poderes mágicos, fragmentos del poder cósmico de su hermano. De lograr su objetivo sería invencible.

Aunque el sorpresivo embate detuvo su marcha por unos instantes, no fue suficiente para detener a los cuatro magos. Lograron vencer a los Estremecedores con facilidad sin necesidad de hacerles daño, pues tras lo escuchado a Valerig no querían víctimas inocentes. Pidieron a Velorun que continuara su camino hasta que ellos se le unieran. Mientras, Mentus confundía las ideas de los atacantes para que sus flechas no dieran en el blanco, Boler detenía sus proyectiles con sus bolas de fuego y Valerig e Imaniu usaban sus espadas para parar sus golpes. Al ver la inutilidad de sus ataques, los soldados huyeron a ocultarse en el bosque cercano.

Velorun se adelantó al resto y penetró en la fortaleza, explorando los innumerables corredores con increíble velocidad, finalmente vio una escalera que conducía a la torre central y decidió subirla, dejando una señal para facilitar el camino a los otros magos. Al llegar al último escalón, vio una habitación donde se hallaba un extraño tablero, cuyas fichas eran ellos mismos. A su lado vio a Trinum que lo esperaba con su espada desenvainada. En ese momento se le unieron sus amigos: Mentus trató de dominar al malvado, pero la mente de Trinum era demasiado poderosa, Boler trató de enfrentársele, pero la magia del enemigo era tan grande, que no pudo mantener el control de su poder y tuvo que apartarse para no quemar a los suyos. El maligno, imaginando que Valerig sería

el próximo, lo atacó, pero Imaniu detuvo el golpe con su cuerpo, lo cual hubiera significado su fin de no ser porque era un reflejo.

Desesperado ante esto, Velorun recordó las palabras del Protector: "Sólo cuando estén reunidos podrán enfrentarse a la maldad". Comprendió que él, veloz como el viento, necesitaba la furia del fuego que dormía en Boler, los poderes de Valerig, simbolizados por el agua, y la poderosa voluntad de Mentus, equivalente a la fuerza que rige la tierra, la mente que domina la materia. Una corriente recorrió a los cuatro magos... mientras Valerig, Mentus y Boler caían en una especie de letargo, Velorun sintió sobre él la fuerza de los cuatro elementos reunidos. Ahora que concentraba los dones de los elegidos, vio como entre sus manos se materializaba una espada más brillante que la Estrella de Sirio.

Comenzó la batalla: aunque Trinum era buen espadachín; Velorun esquivaba los ataques y sus golpes eran imparables. Finalmente, logró desarmar al malvado, que cayó de rodillas, pidiendo perdón, jurando que se marcharía para siempre de Sirio. Velorun se compadeció de él y bajó su arma, momento que aprovechó Trinum para saltar sobre él y atraparlo entre sus poderosas manos, alzándolo y lanzándolo contra la pared, que se estremeció debido al golpe a un punto tal que un trozo de piedra del techo se desprendió y fue a caer sobre el tablero, exactamente sobre la ficha que simbolizaba a Trinum, que se hizo astillas. El malvado lanzó un terrible aullido y desapareció sin dejar rastros. En este momento los muros del castillo comenzaron a temblar y a resquebrajarse.

- ¡Corran - gritó Velorun a los otros, que ya comenzaban a despertar -, debemos liberar a los prisioneros y alejarnos lo más pronto posible, que la fortaleza se está autodestruyendo!

Actuando con su rapidez acostumbrada y con la ayuda de Boler, Mentus, Valerig e Imaniu logró salvar a los que se encontraban en el castillo, que pronto no fue más que un montón de polvo que un fuerte viento arrastró, como para que no quedara ni el recuerdo. Pasada la sorpresa inicial, se hallaron frente a frente Neurons y Estremecedores. Estos últimos estaban como regresando de un sueño. Por su parte, Velorun sintió una debilidad momentánea y comprendió que era la energía de los treinta y tres Magos, que abandonaba su cuerpo para regresar a donde sus dueños esperaban. Pronto estuvieron reunidos, era tal la alegría sin límites que los embargaba, que sus mentes se unieron. Vieron entonces aparecer la figura de El Protector, que con voz extrañamente débil les habló:

- Les dije que había más en juego de lo que podían imaginar: Mi hermano y yo no podemos existir el uno sin el otro, pues somos parte de una misma entidad que ahora vuelve a reunirse. El bien y el mal forman parte de la Creación, y ahora quedan en sus manos, para que siempre tengan la facultad de escoger el camino que desean tomar... Ahora, antes de partir, quiero hacerles un regalo...

Y mientras su imagen se hacía cada vez más tenue, sucedió un milagro: La maravillosa naturaleza de Sirio comenzó a resurgir. El agua cristalina y pura

volvió a correr por los ríos, miles de pequeños seres multicolores volvieron a saltar de un lado a otro, alegrando los corazones con sus gráciles movimientos, el suelo se cubrió de árboles, cuyas ramas se inclinaban bajo el peso de las frutas que caían en las manos de Neurons y Estremecedores, quienes, tras mirarse a los ojos, se abrazaron como viejos amigos... El Protector, junto al poder de elegir entre el bien y el mal, les hacía el regalo de la Vida.

***Ray Respall Rojas***

***Cuba***

**[tgrafica@cubarte.cult.cu](mailto:tgrafica@cubarte.cult.cu)**



## BRUJAS

La ciudad de las brujas  
es color remolacha,  
y sus tinajones  
y sus vicarias  
con los gladiolos  
llega la entrada  
entre columnas  
tal altas como una palma.

¡Ay, mamá,  
cierra la ventana  
que puede saltar  
la bruja malvada!  
¡Mamá, ciérrala ahora  
que puede llegar  
la bruja en la escoba!

Pequeño,  
si la bruja llega  
sólo traerá  
a la mar serena.

Vuélvete a dormir  
la bruja vendrá  
en el mes de abril.

Mi niño,  
ya ella no es bruja  
porque al fin su cuento  
colgado del viento  
lo dejó en la luna.

Brujita pecosa  
y un poco delgada  
¡qué moño en su pelo!,  
nariz afilada.

Vestida de blanco  
con cinta bordada,  
zapatos muy finos,  
su piel nacarada.

Los dientes perfectos,  
la boca rosada,  
sus ojos azules  
¡qué bien maquillada!

Brujita galante  
convertida en hada  
¡qué linda te veo  
tan enamorada!

Está triste la bruja  
no deja de llorar,  
se le ha roto su escoba,  
no la puede arreglar.

Mucha pena me da,  
hablaré con abuelo  
para que arregle pronto  
su escoba con mi pelo.

El brujo no quiere  
ser más hechicero.  
Ahora sólo ansía  
que lo hagan pionero,  
tener una escuela  
y ser caballero.

La bruja  
tiene un jardín  
para que vuele  
el colibrí.

La bruja  
colgó la hamaca  
entre los lirios  
y la mañana.

La bruja  
hace las rosas  
con miel de abeja  
la muy golosa.

## OGROS

La ciudad de los ogros  
es color calabaza.  
Tocan violines,  
requintos, guitarras  
y por las esquinas  
se tejen mamparas  
para que el sinsonte  
entone su danza.

Un ogro viene  
por el camino,  
don Sapo dice  
que es su padrino.

Trae un pastel  
con aceituna,  
rápido llega  
a la laguna.

Cuando la rana  
lo conoció  
fue hacia el estanque  
y se escondió.

Don sapo canta  
la bienvenida  
y doña rana  
sigue escondida.

Ogro, ven  
jugaremos,  
yo soy mala  
y tú bueno.

Ogro, ven  
no te encuentro,  
¿te has perdido  
con el tiempo?

Ogro, ven  
hazme un cuento,

¡no te asustes  
si despierto!

El ogro del bosque  
prepara una fiesta,  
tendrá bailarines  
también una orquesta.

Un ramo de flores  
regala a Modesta,  
es la ogra más linda  
que invita a su fiesta.

El ogro Roberto  
se quiere casar  
y busca una ogra  
que viva en la Capital,  
que tenga seis corazones  
y un canevá.

-Señor ogro,  
soy la ogra más intelectual,  
sólo tengo un corazón  
y doce libros  
de cómo se debe amar.

Los ogros ferroviarios  
construyen un ferrocarril  
con traviesas muy traviesas  
que colocan al carril.

Las traviesas y los ogros  
ya muy cerca del andén  
se intercambian los oficios  
cuando se estremece el tren.

## **CHICHIRICUS**

Los chichiricús  
tienen una ciudad  
de espejos  
para nunca olvidar  
que son feos.

Porque ya no saben  
meter miedo  
y ahora, ¡qué manera  
de ser buenos!

Chichiricú  
dejó su charco,  
fue a la ciudad  
de puentes largos.  
Tiene palmeras  
también sombrero,  
tiene una calle  
con aguaceros.

Don chichiricú lunero  
quiere la luna conquistar  
y es que un secreto  
guarda en su cofre  
y por las noches como amuleto  
baja un lucero  
para algún día poder llegar.

Chichiricú  
dame una mano tú.  
Para jugar  
a la rueda  
cómprame la canela  
y una saya azul.

Chichiricú  
tiene una gorra  
llena de cuadros,  
también de bolas.

Chichiricú  
lleva una manta  
con tres colores  
rojo, azul y naranja.

La corneta del chichiricú  
es una obra de arte.  
El artesano se esmera  
cuando su brillo se esparce

como la puesta de sol.  
Entre mano y bronce  
las notas arden  
y se confunden cual gigantes.

Chichiricú de bigotes largos  
trae dos jazmines en su solapa  
y veinte lunas  
de porcelana.

Chichiricú de piernas muy largas  
lleva cordones de enredadera  
y un libro grande  
para una estrella.

Chichiricú de manos tan largas  
trae dos palomas y caracoles  
y una guitarra.

## **DRAGONES**

El dragón  
como es enorme  
hizo una ciudad  
del tamaño de su corazón.  
Muy bien pintada  
de color algodón.  
El silencio es su premisa  
porque oír la brisa  
es su pasión.

Dragón  
lleva días  
en su estudio,  
compone una canción  
para el concierto  
que dará su tío Antón  
(sólo con flauta  
y trombón).  
Y dragón  
con su canción.

Este dragón es de gran sencillez

que a la vez  
rima con su esbeltez,  
combina con lucidez  
y tal vez  
con candidez.

El dragón Simón  
gran piloto será  
y quiere estudiar  
en alta escuela militar.  
Regresó de traje,  
el orgulloso  
porque muy lejos  
se irá de viaje  
en un enorme avión  
hasta Morón.

Plantas medicinales  
cultiva el dragón,  
gran esmero les pone  
con su mano y azadón.

Canela de China,  
junco marino  
y guamá candelón,  
el mangle colorado,  
sábila, ocuje,  
y romero cimarrón.

-Apúrese, dragón,  
soy la dragona Caridad,  
la más hermosa de la ciudad  
y si lo duda  
pregúntele a la ruda  
y si no lo entiende  
pregúnteme a mí, dragón,  
necesito cocimiento de güira  
y tisana de anón.

Dragón se va de dragonerías  
al lago de la ciudad  
y no hay una dragona  
que lo pueda consolar.

Porque sólo quiere a una  
que se ha ido  
a alta mar.

**LINA LEIVA MENDEZ**  
**CUBA**  
[larrym@moron.cav.cyt.cu](mailto:larrym@moron.cav.cyt.cu)



## **El güije.**

Debajo de cada río  
hay una ciudad  
en que al menos un güije habita  
desde el caudal de sus tinieblas  
el río escupe güijes como dientes  
que desfloran el silencio de sus márgenes

cuando la suciedad de sus callejuelas  
desaguan el cause de lino y fango  
entrampan recuerdos de viejos fantasmas,  
se desvela la intriga trasnochada  
dando paso a la avidez en las venganzas

El güije intranquilo  
de paso ligero y cuerpo párvulo  
prolifera campanillas y tímpanos  
cose una carcajada a la cresta de un árbol  
entretiene al caminante perdido  
al campesino distraído y rústico

en el cauce de un riachuelo  
en la desembocadura del río  
en las márgenes de su sombra  
se agazapan sus mandíbulas  
creadas para la risa malvada y eterna

en el agujero de la fronda  
hilvana pasos y sonidos  
en el resquicio del atardecer  
pega ruedas de carreta  
en el zaguán de la espera  
recauda tiempo  
y en el dintel del silencio  
inventa la voz

su mandíbula, osamenta  
que crece desproporcionadamente  
es el centro del mundo

rompe esquemas  
desembucha carcajadas

que se aferran al oído receptivo  
y se burla  
se burla con una risotada cruel  
espantando los caballos del silencio  
asustando los estratos de la calma

en esa competencia atroz  
de cuevas y barrancos  
que reta al viento  
enfrenta la amenaza de la muerte  
que se apodera de un caserío cercano.

***Maria Eugenia Caseiro***© 6/23/04

### **Canción del Chichiricú.**

Del suspiro a la caída de la hoja  
álamo que duerme  
y almácigo que calla  
la pretérita razón de su congoja  
chichiricú,  
¡solavaya!

el viento tuerce caminos  
cavando un surco en la fronda  
el espectro de un tambor yoruba  
graba su repique y calla  
y en el ombligo Cuba  
chichiricú,  
¡solavaya!

cien años de guardaraya  
a quien alcance el recoveco  
que lleva a la ceiba madre  
en cuyo estómago mora  
chichiricú,  
¡solavaya!

es el hombrecito enano  
quien se burla del pantano  
quien desboca la mañana

de la campiña cubana

cuando la prisa o la broma le alborota  
sale del hueco de un árbol  
cruza el monte, grita, trota  
entrampando murciélago y cocuyo  
brusca locura que estalla  
en incipiente barullo  
chichiricú,  
¡solavaya!

una cruz en el camino  
en que se cuece el garabato  
nacen árboles divinos  
marabú , yagruma, ciguaraya  
tergiversando destinos  
chichiricú,  
¡solavaya!

***Maria Eugenia Caseiro***

**CUBA**

**[buhowriter@hotmail.com](mailto:buhowriter@hotmail.com)**

## EL CIPACTL

Tezcatlipoca (Espejo que humea), hijo de la pareja suprema Ometeotl y ome cihuatl, era uno de sus cuatro hijos en la advocación de Tezcatlipoca negro, quería ser el sol de este mundo nuevo que sus padres querían crear, su hermano Quetzalcoatl, también quería ser el sol, y así pelearon para ser quien iluminara la tierra, hubo cuatro eras antes de que brillara el quinto sol, en la primera era Quetzalcoatl fue el dios, pero no alumbraba como se debía, entonces vino Tezcatlipoca y lo golpeó quitándolo de firmamento siendo el quien se pusiera como, sol con la fecha calendárica de nahui ocelotl (cuatro ocelote).

Un día la pareja suprema decidió que se creara la tierra, Quetzalcoatl y Tezcatlipoca fueron a buscar a la diosa Tlaltecuhltli para que de ella surgiera la tierra, pero como siempre estaban peleando la tomó cada uno de una mano dividiéndola en dos, la pareja suprema se enojó mucho por lo que le habían hecho a la diosa y amenazaron con derrumbar el cielo, Quetzalcoatl y Tezcatlipoca tuvieron que ponerse como sostenedores de la bóveda celeste y así los dioses fueron dos de los cuatro sostenedores de la bóveda, tenían que ser cuatro como los rumbos del universo. Mientras tanto de la diosa Tlaltecuhltli comenzaron a salir todos los mantenimientos, que sustentarían algún día a los hombres cuando los hubiera. Así se creó la tierra con una bóveda celeste sostenida en sus cuatro rumbos por cuatro deidades y por cuatro colores diferentes.

Un Día la diosa Tlaltecuhltli se convirtió en el Cipactli, monstruo de la tierra era un saurio con grandes fauces por las que se entraba al inframundo, a la tierra de los muertos a donde vivían Mictlantecuhltli y su compañera Mictecacihuatl, siempre era representado el mundo como un árbol cósmico, las fauces del Cipactli eran las raíces, el cuerpo del saurio era la tierra en donde habitaban los hombres y la cola del saurio eran las ramas del árbol que se encontraban en el ilhuitl, (cielo) lugar donde habitaban algunos dioses, porque otros habitaban en el inframundo y así era considerado el mundo.

Un día que Tezcatlipoca caminaba por la tierra, el Cipactli Tlaltecuhltli, recordó la violación de que había sido objeto en tiempos pasados por el dios y quiso cobrar venganza, al paso de Tezcatlipoca abrió sus fauces y le descarnó la pierna izquierda, desde entonces Yayauhqui Tezcatlipoca, el Tezcatlipoca negro va por el cielo y por el inframundo con la pierna izquierda descarnada, parte de sus elementos diagnósticos es la pierna descarnada recordando que un día ofendió a Tlaltecuhltli, la diosa de la tierra.

OH mi dios Tezcatlipoca  
Que vas cruzando el mundo  
Con la pierna descarnada  
Recordando siempre lo que  
Hiciste a Tlaltecuhltli antes

De que se convirtiera en Cipactli.

La amaste a tu manera  
La hiciste tuya sin pensarlo  
Destrozaste sus entrañas  
Y ella convertida en Cipactli  
Te arrancó la pierna Izquierda.

***Elsa Serrano***

***México***

***[tezcatlipoca65@hotmail.com](mailto:tezcatlipoca65@hotmail.com)***

## LEYENDA DE TEOTIHUACAN

Los dioses se encontraban furiosos, habían creado al hombre y éste en su egoísmo los había olvidado para pensar sólo en sí mismo. Así que idearon a una nueva raza, a unos nuevos seres a quienes proteger, amar y desarrollar, y pensando los hicieron diferentes a todos los que habitaban este planeta. Les construyeron un mundo y lo llenaron de agua, que llegaba desde divinos manantiales, y de un valle que demostraba que el paraíso sí estuvo en la tierra y que quedaba en "Teotihuacán".

A esas criaturas las llenaron de gracias y de habilidades por doquier, felices los veían construyendo sus ciudades. Y así pasaron los primeros años viviendo como familia y llenando de hermosura el valle que les habían regalado, compartiendo con sus creadores los frutos que conseguían. Comenzaron a reproducirse y cada vez poblaban con mayor rapidez las tierras que les pertenecían, así dejaron Cuicuilco y avanzaron a Cholula, muy pronto el mundo centroamericano sabría de ellos como sabían sus creadores, a su paso construían monumentos a quienes en su generosidad los hicieron vivir y les regalaron el don del aire; a su paso llenaron el mundo de la presencia de los dioses; a su paso las fuerzas de la naturaleza retrocedían, las montañas huían, sus plantas todo lo dominaban por que pisaban con la fuerza que nacía de su religioso corazón. La envidia llenaba de ira a sus belicosos vecinos, que se preguntaban ¿quiénes eran? ¿de dónde han venido? ¿qué hacen acá? ¿por qué se portan así? Sonidos de guerra cada vez más fuerte a sus oídos llegaban y entonces estos seres sus ejércitos construyeron.

Muy pronto los dioses abundantes lágrimas derramaron... sus criaturas... A quienes habían ideado sólo para amarlos se habían contaminado con el germen "humano"... Y ellos que tanto los habían protegido, que un paraíso les habían construido, que alegres los miraban viviendo como familia, que satisfechos habían asistido a los lugares que les construyeron, ahora dolor les producían. Es qué ... ¿es tan poderosa la raza humana que todo los humaniza?... Es qué todo lo que toquen los humanos lo llevan a alejarse de ellos? ¿es qué los humanos iban a desbaratar todos sus planes? ¿es qué a los humanos los dioses no le dicen nada? Y , entonces lo pensaron... Y ¿por qué no buscar el amor de los humanos?... Total a ellos los crearon primeros, pero ellos, los dioses, son muchos para que los humanos, llenos de diversos criterios, los amasen, a lo mucho los humanos solo amarían a uno... Entonces sonrieron y ellos, los dioses, que todo lo pueden se dijeron ¿por qué no hacernos uno? Y desde entonces los dioses se fundieron en Dios y a las criaturas que en Teotihuacán los llenaron de alegría fueron sacadas de la tierra y los llevaron a vivir con él, y saben, ahora

los llaman "ángeles de dios"

***Iván Bazán***

LIMA, PERÚ

[ivaneitor@hotmail.com](mailto:ivaneitor@hotmail.com)

## La leyenda del Quiloazas

Eran los tiempos del viento y del fuego.

La vida no conocía de años, ni de edades. Tan sólo la luna, mujer y pitonisa, marcaba los ritmos del mundo. El barro había parido al hombre y le había regalado sus dioses, a cambio le exigía comunión con todo lo que lo rodeaba. El jaguar y el yatay se engendraron en el mismo soplo de vida que permitía al indio caminar esteros y alabar a la tierra. Sin premura, la llanura se desangraba entre las cuchillas que astillaban el horizonte y los palmares eran los guardianes de esas planicies indómitas.

Se cuenta que por esos tiempos, el Quiloazas era un río era manso y generoso, como todas las venas barrosas de ese territorio. Limayén solía sentarse en la ribera antes del amanecer para soñar el despertar de un nuevo día. Cuando los primeros rayos serpenteaban en el agua, entraba despacio al agua y, recitando una letanía guaycurú, se dejaba mecer con humildad corriente abajo. En cada cambio de luna se entregaba al río, como lo había hecho su padre, como lo haría su niño.

Su madre tejía coronas de chaguar adornadas con semillas de algarroba para que él las obsequiara al dios que dormía en el lecho de limo y algas. En agradecimiento, el Quiloazas le regalaba el camalote junto a la promesa de cosechas abundantes. Y entre estas ceremonias, la vida a orillas del río transcurría plácida como las aguas marrones.

Dicen que una vez se hicieron realidad las premoniciones de los hombres antiguos y el Paraná vomitó monstruos negros sobre el Quiloazas, monstruos de barrigas enormes que escupían gentes blancas. Los mocovíes, antes de abandonar las corrientes e internarse en los montes, ya les habían profetizado que el padre de los ríos traería los dioses enojados. La tribu de abipones se quedó esperando a las grandes bestias aguas abajo para encontrar la muerte inevitable.

Estas deidades embravecidas vociferaban una lengua desconocida y con manos de fuego todo lo quemaban. Y entre estruendos y rugidos sometieron a las mujeres, esclavizaron a los niños y destruyeron las armas de los pocos hombres que quedaron vivos. De la aldea sólo permanecía su imagen evaporada en el humo de los incendios.

Se cuenta que Limayén logró escapar porque conocía los caminos escondidos en la selva. Con el dolor cuajado en sus ojos, atravesó montes y arroyos alejándose de la masacre. Agazapado en la maleza, esperó la noche. La brisa le traía ráfagas de gritos y un hedor de carne quemada que le sacudía el cuerpo. Los dioses lo habían traicionado y no había sacrificio que redimiera el ultraje. Volvió al río, al sagrado cauce hecho enemigo, y de rodillas ante él empezó a llorar. Primero despacio e inaudible, fue subiendo la voz hasta que un alarido le desgarró el alma, tan atávico como el odio que escaldaba su sangre.



La luna salía despacio tras un frente de nubes, más roja que nunca, tendiendo un puente hacia la costa. Por ese sendero de espejos quebrados, él comenzó a caminar murmurando sus últimas invocaciones. La bruma se desgarraba en jirones arrancada del río por el viento que se hacía más fuerte a medida que Limayén rezaba. El agua lo abrazó como un padre a su niño, el río que lo había hecho nacer. Su voz conjuraba entonces una maldición que fluía con vida propia hacia centro mismo del agua. Las olas se elevaron para tragarlo y el río entero se tiñó de sangre. Dejó de ser hombre, para ser gota ahogada en ola, para ser río embravecido, para ser venganza.

Las crónicas españolas de la conquista narran la inundación de mediados del siglo XIV, que arrasó con los asentamientos indígenas erigidos a orillas del San Javier (Quiloazas) y cómo la primera expedición de colonizadores sucumbió bajo las aguas de lo que se registró como la primera gran inundación de la Mesopotamia Argentina, porque nunca más se desbordaron todos los ríos juntos, de norte a sur, de este a oeste, las cuencas del Paraná, del Uruguay, del Bermejo y todos sus afluentes. Esos ríos que ya ni siquiera se llamaron igual.

Los relatos populares hablan de la muerte de Limayén vengando a su pueblo, de cómo envenenó el agua con su sangre para ser río desmadrado. Se cuenta que la maldición del indio pesa aún hoy sobre las aguas y en cada bostezo de olas brota el aullido de Limayén y de su pueblo sometido.

Muchos siglos han pasado, los tiempos del indio quedaron sepultados bajo el paso de otra historia. Sin embargo, de vez en cuando, el hombre blanco aún se rinde ante la sentencia inapelable de una naturaleza ofendida.

**NATALIA ROVETTO**  
**ARGENTINA**

**CORREO:** [nrovetto@lasegunda.com.ar](mailto:nrovetto@lasegunda.com.ar)  
[nataliarovetto@hotmail.com](mailto:nataliarovetto@hotmail.com)

## CÉFIRO ACENDRADO



Dicen que Madrid no era Madrid y que donde hoy se extienden calles, en tiempos pasados se alargaban senderos con pinos y magnolias; y en los parques que hoy fabrica la mano del hombre, la naturaleza se expandía acogiendo a pastores y animales.

Cuentan que cerca de un pequeño lago una pareja de enamorados levantó su cabaña, con

la fuerza de él y el cuidado de ella. Su amor era tan grande como el desfallecimiento que impregnaba los árboles cuando alguno caía enfermo. Si discutían, la atmósfera se afoscaba lanzando oscuridad sobre la zona. Antes de conocerse, temblaba la tierra a menudo en aquellos parajes; después, la hierba más verde crecía de sus entrañas. Al hacer el amor, todo quedaba en muda expectación, sus respiraciones brillaban y olía a miel.

Pasaban abrazados muchas horas junto a su laguna, susurrando cielo y rosas, creando primavera, abarcando medio mundo el aroma de su pasión.

- No soy nadie sin ti -musitaba él acariciándola.

- Ni el infierno nos separará -respondía ella rodeando con sus brazos el robusto cuello de Tasier.

Una tarde fría y tormentosa, Neya calentaba su cuerpo mientras avivaba la chimenea con un atizador. El azar de los elementos forjó un intenso rayo que se cernió implacable sobre la vivienda, carbonizándola al instante. Tasier corrió hacia el hogar y su alma se heló al comprender la tragedia. Encontró todo destruido y a Neya deshaciéndose en cenizas, recuerdos de vida barridos por el aire. Intentó cogerlas, amontonarlas, envolverlas con su ropa, pero desaparecieron a su alrededor. Hincó las rodillas en el suelo y lloró amargamente, abrazándose a sí mismo, rememorando cada instante compartido con su mujer. En medio de la impotencia y la rabia, arañando su cuerpo, gritó:

- Si hay Dios, que escuche mi llanto, que mire este sufrimiento, mis ojos anegados de añoranza, mi rostro descompuesto y agrietado, mi lengua desgastada por repetir su nombre, durante noches, durante días, sintiendo muerte por dentro y nada a la vez, arrancándome la piel.

Se levantó de súbito, alzó los tensos brazos y bramó con furia:

- Si hay Dios le pido que fuerce a este paraíso, este agua, esta tierra, a percibir mi agonía; que este idílico espacio, sin ella vacío, conozca mi contrición. Si Dios es verdad, que coja mi ser entero, lo funda con aire y lo junte con Neya, si todavía existe, que no puedo vivir.

Mandó un beso hacia arriba, olió a miel y un huracán silencioso surgió del pequeño estanque; le atravesó integrándole consigo, dando un mágico fin a su existencia, pues mágico fue su amor.

Ahora, sobre ese terreno, la mano del hombre ha construido un parque llamado EL RETIRO, lleno de árboles y flores cultivadas, con un lago en su interior.

Dicen que, a veces, se ve una pareja evanescente mimándose, hombre y mujer engarzados en sus sentimientos; pero solamente los enamorados les pueden ver, cuando el silencio de un beso, la brisa dulce y alguien ama.

***Santiago Aguilar Alvarez***

***España***

***E-mail: [santipasnoc@yahoo.es](mailto:santipasnoc@yahoo.es)***

## **La memoria del agua**

“Primero estaba el mar. Todo estaba oscuro. No había sol, ni luna, ni gente, ni animales, ni plantas. Sólo el mar estaba en todas partes. El mar era la madre. Ella era agua y agua por todas partes y ella era río, laguna, quebrada y mar y así ella estaba en todas partes. Así, primero sólo estaba La Madre. Se llamaba Gaulchováng”... (mitología Kogí)

“Al principio todo estaba bajo el agua y por arriba planeaban Huracán y Gucumatz, los que dan la vida. Estos dijeron Tierra...y al momento la Tierra fue creada” (Cosmogonía de los quichés)

Mares, arroyos ríos y demás cauces son hoy memoria vigente del pensamiento de numerosos pueblos americanos para quienes el agua ha resultado fuente de inspiración de muchos mitos. Así llegan hasta nuestro días desde distintos sitios de América, deformados por la interpretación popular y la poesía, fijados por la escritura para expresar las relaciones entre lo divino y lo humano.

Muchos protagonistas de estas leyendas asumían el rango de deidades; tal el caso el caso de Mama Cocha protectora de las aguas para los incas. Otros eran personajes menores que tenían también a las aguas como espacio y que en muchos casos son los que mayor trascendencia tuvieron en los pueblos donde aun subsisten algunos de estos mitos.

Algunos de estos personajes vuelven a la luz en numerosos rituales que aún se realizan en lugares de nuestra América.

Este pequeño recorrido pretende ser solo muestra de la infinidad de mitos creados alrededor de las aguas por algunos pueblos americanos.

## ***Sirenas americanas***

La trascendencia del mito de las sirenas es Universal. En ella aparece reflejados la dualidad del mar como fuente de belleza y peligro. Esta doble cara se rebela en muchas leyendas occidentales donde los marineros perecen en el mar seducidos por el irresistible canto de sus voces melodiosas. También coinciden en ellos algunas ideas centrales como la belleza femenina inalcanzable o la presencia de un amor ideal pero fatal. Muchos consideran que en el origen de estos mitos aparece la necesidad de los viajeros de dar forma a lo desconocido y apaciguar de esta manera el temor que esto les producía. En el caso de las sirenas el fundamento podría ser el encuentro con ciertos animales marinos como los manatíes que en la oscuridad de las costas y bajo la influencia de la hambruna bien podrían pasar como seres mágicos de rasgos humanos.

## **Dominar el miedo**

Este miedo a lo desconocido resultó bien dominado por los chilotes pueblo del Pacífico sur que consideraba al mar como espacio donde la vida eterna era posible.. Ellos hablaban de la existencia de la Pincoya, sirena que al igual que las occidentales compartía rasgos físicos al ser descripta como una bella adolescente de larga cabellera y traje de algas pero a diferencia de aquellas la Pincoya era una sirena “benefactora”. Cuando danzaba mirando hacia el mar significaba que en esas costas abundarían los peces y si lo hacía de espaldas a las aguas, mirando la Tierra, representaba la escasez y avisaba de esta manera a los habitantes la necesidad de buscar otras playas. Del mismo modo siempre estaba cerca de los chilotes en sus viajes por el mar y acudía en su auxilio en cualquier situación de peligro. Cuentan también que si resultaba imposible el rescate la Pincoya llevaba los cuerpos de los marineros hasta un barco fantasma donde revivirían hacia una nueva existencia de eterna felicidad. Esta forma de exorcizar el miedo les permitía tal vez, a los chilotes moverse por el mar con toda tranquilidad.

### **Belleza y seducción**

Al igual que en muchas leyendas de sirenas occidentales, la idea de un amor ideal y peligroso, coronado por la belleza de la sirena. Está presente también en mitos americanos.

Los mayas creían en la existencia de las ixtabal o sirenas malas. Estos personajes mutaban entre el día y la noche. De día eran las ceibas del bosque y de noche se transformaban en sirenas que seducían a los hombres y los llevaban a perecer en las aguas.

Igual suerte corrían los intrusos que aventuraban llegar a la cumbre del Domuyo en el norte patagónico con el secreto deseo de comprobar con sus propios ojos la belleza de Antú Malaguén, que allí se escondía. Cuentan que era muy hermosa y que era posible verla peinar sus larga cabellera rubia a orilla de los espejos de agua en lo más alto del cerro.

Se narra también que el volcán celoso, se enojaba cada vez que un forastero osaba escalarlo para descubrir la belleza de Antú Malaguen. La respuesta era una tormenta de piedras y rayos provocada por el toro y el caballo del Domuyo que acababan con las intenciones del forastero.

Los mapuches creían escuchar su canto en los sonidos que bajaban por las laderas de las montañas mezclando viento y agua.

### **Explicar la naturaleza**

Los más remotos pueblos civilizados relacionaron los fenómenos de la naturaleza con distintas deidades o personajes sobrenaturales más fuerte que los hombres. Algunos eran benefactores y otros eran malignos. Generalmente les

rendían culto o les ofrecían sacrificios para apaciguar sus enojos. El agua resultó espacio de origen para muchas de estas deidades.

## **Yemanjá**

Es dentro de los ritos afrolatinos la diosa que gobierna el mar, donde vive encadenada. Madre de todos los orixas hace y deshace todo desde su guarida. Se viste de azul. Sus símbolos son las piedras del mar y las conchillas. Se dice que de su vientre nacieron todos los ríos mares y arroyos así como también todos los santos. Se le llama agitando una maraca pintada de azul y blanco

En algunos lugares de América como Cuba y Brasil se le rinde homenaje con hermosas fiestas que se realizan el 2 de febrero el 31 de diciembre o el 8 de diciembre.

## **Euá**

Orixa de las aguas, diosa valiente y guerrera. Usa ropas rojas y una espada. Une a su valentía la ternura y tranquilidad del agua de las fuentes y su voz es la melodía del agua que corre.

## **Chalchiuhtlicue**

Para los aztecas la protectora de las aguas era Chalchiuhtlicue, conocida también como “la de las faldas de jade”. Era la protectora de los ríos, mares arroyos y demás espejos de agua. Esta diosa presenta la dualidad de mostrarse como destructora al producir desastres naturales como inundaciones o tormentas o como benefactora cuando propicia la abundancia de peces en los mares o las lluvias para hacer crecer las plantas.

Se la considera un factor de pureza. Los rituales de purificación y baños sagrados se realizaban en honor de esta deidad.

## **Opochtli**

Para los pescadores aztecas era un dios protector. A él se le adjudicaban algunos inventos en relación a las aguas como las redes de pesca.

## **Mamá Cocha**

Para muchos pueblos de la costa de Perú el mar era el espacio de partida y llegada de los dioses. Los incas le llamaban Mamá Cocha es decir madre-mar. El culto a Mamá Cocha era muy significativo en un principio para los pueblos costeros pero poco a poco fue extendiéndose hacia toda la región donde numerosos nativos le rendían culto pidiendo por su salud y buenas condiciones.

Esta expansión del culto podría estar relacionado con la importancia que el mar tenía para la economía de esos pueblos.

Los españoles eran llamados por los incas viracochas ,hijos del mar o de la espuma del mar, precisamente porque de allí venían. Más tarde la crueldad mostrada por los conquistadores desvió el término hacia otros significados más cercanos a la palabra “demonio”.

### ***Otros seres de las aguas***

Del mismo modo que se pensaba en deidades a la hora de explicar la grandiosa presencia de la naturaleza en el entorno, no era extraño considerar también los bosques, las aguas o las montañas habitadas por seres que sin tener el rango de deidades resultaban benefactoras o no y especialmente servían como explicación a cuestiones más cotidianas de la naturaleza ligadas a los espacios poblados por cada pueblo.

### **Guijes**

Duérmete mi niño  
que te lleva el "coco"  
no vayas al río  
que te sale el güije

Los guijes son personajes extraños que aparecen en leyendas populares cubanas. Se los describe de muchas maneras. Algunos hablan de su color negro y su cuerpo repleto de pelos. Otros los pintan cubiertos de escamas.. Habitan aquellos cauces de agua que nunca se secan. Tal vez el mito haya surgido como una forma de explicación ante el hecho de que en la estación seca muchos cauces pierden toda el agua: Sin embargo muchos otros las conservan y es precisamente en esos sitios donde habitan los guijes.

### ***Wandras***

Eran pequeños duendes que habitaban las cascadas de Panamá. Para usar las fuentes de agua antes era necesario pedirles permiso a estos personajes.

### **Cabruncos**

En Venezuela se cree que en el interior de las lagunas de los páramos habitan unos espíritus llamados cabruncos. La creencia popular dice que no se puede gritar en las orillas de las lagunas y mucho menos tirar piedras hacia el interior porque los cabruncos pueden enojarse. Si esto ocurriera la respuesta resulta en una especie de tormenta de niebla capaz de envolver a los lugareños.

Como hemos podido apreciar a lo largo de estos ejemplos el agua fue a través de los tiempos fuente de imaginación para muchos pueblos que las han poblado de personajes que regían sus días y sus actividades. De esta manera dominaban sus miedos y hallaban respuesta a lo inexplicable.

Muchos murieron, aunque sus voces resisten en muchos lugares de nuestra América dispuestos a no desaparecer. Pero el agua siempre tendrá memoria y su sonido plagado de antiguas voces traerá recuerdos de lo que somos.

***Andrea Claudia Fernández***

***Argentina***

[llao@arnet.com.ar](mailto:llao@arnet.com.ar)

[llao6@hotmail.com](mailto:llao6@hotmail.com)



## LEYENDAS COLOMBIANAS

### *Bachue y la creación del mundo*

"Entre estas sierras y cumbres (del pueblo de Iguaque, cerca de Tunja) se hace una laguna muy honda, de donde dicen los indios que a poco de como amaneció o salió la luz, y criadas las demás cosas salió una mujer que llaman Bachué, y por otro nombre acomodado a las buenas obras que hizo Furachogua, que quiere decir mujer buena, porque fura llaman a la mujer y chogua es una cosa buena, sacó consigo de la mano un niño de entre las misma aguas, de edad de hasta tres años, y bajando ambos de la sierra a lo llano donde ahora es el pueblo de Iguaque, hicieron una casa donde vivieron hasta que el muchacho tuvo edad para casarse con ella, porque luego que la tuvo se casó, y el casamiento tan importante y la mujer tan prolífica y fecunda que de cada parto paría cuatro o seis hijos, con que se vino a llenar toda la tierra de gente, porque andaban juntos por muchas partes dejando hijos en todas, hasta que después de muchos años, estando la tierra llena de hombres, y los dos ya muy viejos, se volvieron al mismo pueblo y del uno llamando a mucha gente que los acompañara a la laguna de donde salieron, junto a la cual les hizo la Bachué una plática exhortando a todos la paz y la conservación entre sí, la guarda de los preceptos y leyes que les había dado, que no eran pocos, en especial al culto de los dioses, y concluido se despidió de ellos con singulares clamores y llantos de ambas partes, convirtiéndose ella y su marido en doblico, con que indignado Chibchacum, trató de castigarlos anegándoles las tierras, para lo cual trajo o crió de otras partes los dos ríos dichos de Sopó y Tibitó, con que crecieron tanto las aguas del valle que no dándose de menos, como dicen, la tierra del valle a contenerlas, se venía a anegar gran parte de ella, lo que no hacía antes que entraran en el valle los dos ríos, porque el agua de los demás se consumía en las labranzas y sementeras, sin tener necesidad de desagüe, fue tan lleno y universal este castigo, e iba creciendo cada día a varas la inundación, que ya no tenían esperanza de remedio, ni de darlo a las necesidades que tenían de comidas, por no tener donde sembrarlas, y ser mucha la gente, por lo cual todo se determinó por mejor consejo de ir con la queja y pedir el remedio al dios Bochica, ofreciéndole en su templo clamores, sacrificios y ayunos, después de lo cual, una tarde, reverberando el sol en el aire se oyó un ruido contra esta sierra de Bogotá, se hizo un arco como suelen naturalmente, en cuya clave y capitel se apareció resplandeciente el demonio en figura de hombre, representando el Bochica con una vara de oro en la mano y llamando a voces desde allí a los caciques más principales, a que acudieran con brevedad con todos sus vasallos; les dijo desde lo alto: he oído vuestros ruegos, y condolido de ellos y de la razón que tenéis en las quejas que dáis de Chibchacum, me ha parecido venir a daros favor en reconocerme; me doy por satisfecho de lo bien que me servía, y a pagároslo en remediar la necesidad en que estáis, pues tanto toca a mi provincia

y así aunque no os quitaré los dos ríos porque algún tiempo de sequedad los habréis menester, abriré una sierra por donde salgan las aguas, y queden libres vuestras tierras, y diciendo y haciendo arrojó la vara de oro hacia Tequendama y abrió aquellas peñas por donde ahora pasa el río; pero como era la vara delgada no hizo tanta abertura como era menester para las muchas aguas que se juntan en los inviernos, y así todavía rebalsa, pero al fin quedó la tierra libre para poder sembrar y tener el sustento; y ellos obligados a adorar y hacer sacrificios como lo hacen en apareciendo el arco».

### **LEYENDA DE GUATAVITA**

«Lo que sucedió.... a la mujer del cacique de Guatavita; el cual en tiempos muy atrasados, cuando todos los caciques gozaban libremente de su señorío, antes que el Bogotá tiránicamente los sujetase, era el más poderoso señor que había en este reino de los muisca, conociéndole superioridad muchos caciques sus convecinos, no por modo de tiranías ni servidumbre, como después sucedió con el Bogotá, sino por un respeto y reverencia que le tenían, como a mayor señor y de mayor linaje, sangre y prendas: sucedió que en aquella edad, que entre las mujeres que tenía estaba una de tan buenas partes en sangre y hermosura, que así como en esto excedía, a las demás, también las excedía la estimación que hacía de ella el Guatavita, la cual no advirtiéndole la cacica como debiera, hízole traición con un caballero de los de la corte, y no en tan secreto que no llegara a los oídos del marido, el cual puso tan buenas diligencias en haber a las manos el adulterio, que presto le cayó en ellas y desde ellas en aquel cruel tormento de muerte que usaban en tales casos, como era empalarlos, habiéndole primero hecho cortar las partes de la punidad, con las cuales quiso castigar a la mujer, sin darle otro castigo que dárselas a comer guisadas en los comestres que ellos usaban en sus fiestas, que se hizo por ventura sólo para el propósito en público por serlo ya tanto el delito.... fueron creciendo los sentimientos de estas fiestas amargas para ella, que por huir de ellas, trató huir de esta vida con desesperación para entrar con mayores tormentos en la otra, y así un día en que halló la ocasión que deseaba, se salió del cercado y casa de su marido a deshoras con el mayor secreto que pudo, sin llevar consigo más que una muchacha, que llevaba cargada una hija, que había parido poco había de su marido el cacique, y caminando a la laguna, apenas hubo llegado, cuando por no ser sentida de los jeques que estaban a la redonda en sus chozuelas arrojó a las niñas al agua, y ella tras ellas, donde se ahogaron y fueron a pique, sin poderlas remediar los mohanés que salieron de sus cabañas al golpe que oyeron en el agua, aunque conocieron, \_ luego, por ser de día, quien era la que se había ahogado, y así viendo no tenía aquello remedio, partió uno de ellos a mayor correr a dar aviso al cacique del desgraciado suceso el cual partiendo al mismo paso para la laguna con ansias mortales, por no haberse persuadido que los sentimientos hubiesen traído a tal estado a su mujer que hiciese aquello y por la

desgracia de su hija, luego que llegó y no las vido, por haberse ya sumido los cuerpos, que pretendía sacar si estuviesen (sic) sobre aguados, mando a uno, el mayor hechicero de los jeques que hiciese como sacase a su mujer e hija de aquel lago, el jeque trató luego con sus vanas ceremonias y supersticiones de poner por obra lo que se le ordenaba, para lo cual mandó luego encender lumbré a la lengua del agua y poner en las brasas unos guijarros pelados, hasta que quedaran como las demás brasa, y estándolo ya, y él desnudo, echólos en el agua, y él tras ellos sambulléndose (sic) sin salir de ella por un buen espacio como lo hace un buen nadador o buso (sic) como él era, hasta que salió solo como entró, diciendo que había hallado a la cacica viva, (embuste que el demonio le puso en la imaginación) y que estaba en unas casas y cercado mejor que el que deseaba en Guatavita, y tenía el dragoncillo en las faldas; estando allí con tanto gusto, que aunque le había dicho de parte de su marido el que tendría en que saliera, y que ya no trataría más del caso pasado, no estaba de ese parecer, pues ya había hallado descanso de sus trabajos, a que no quería volver, pues el había sido causa de que lo dejaran ella y su hija, a la cual criaría allí donde estaba para que la tuviese compañía. No se quitó el cacique con el recado del jeque y así diciéndole que le sacara siquiera a su hija, la hizo buscar otra vez con los mismos guijarros hechos ascuas, y volviendo a salir, traía el cuerpo de la niña muerta y sacado los ojos, diciendo se los había sacado el dragoncillo, estando todavía en las faldas de la madre, para que no siendo la niña sin ojos ni alma de provecho para los hombres de esta vida, la volviesen a enviar a la otra con su madre, que la quedaba aguardando, a que accedió el cacique que entender lo ordenaba así el dragoncillo a quien él reverenciaba tanto; y así volvió a mandar echar el cuerpezuelo a la alguna, donde se hundió... El demonio viendo lo bien que le había salido la traza, para asegurarlos más en aquellas vanas supersticiones, se apareció de cuando en cuando sobre las aguas de la laguna en figura, gesto y talla de la cacica desnuda de medio cuerpo para arriba y de allí para abajo ceñida de una manta de algodón colorada y diciendo algunas cosas que habían de suceder de las que pueden de las disposiciones y causas naturales que él también conoce, como que había de haber secas, hambres, enfermedades, muertes».

### ***LA LEYENDA SAGRADA DEL YURUPARI***

El misionero javeriano Padre Diego Villa Pérez, remitió a ETHNIA esta leyenda que oyó contar varias veces a los aborígenes del Vaupés.

Bajo el signo misterioso de la melancolía selvática y con el emblema del silencio y del misterio, se encuentran antiguas leyendas tan creídas y practicadas ahora, que da la impresión de ser algo real y nuevo en las mentes de los actuales y civilizados indígenas, rezago de antiguas creencias que hacen parte de su historia incógnita y oscura.

Si fuéramos a escribir todas y cada una de las leyendas indígenas que se

entremezclan una en otro con siglos de historia y de vida, nos gastaríamos muchos años para recopilarlas y sería trabajoso, difícil y nada fácil, ya que las pocas que sabemos han sido relatadas con sigilo y temor, y las muchas de ellas nunca serán conocidas por nosotros, porque hacen parte de su sicología reservada y tímida, dando como resultado la absoluta imposibilidad para saberlas y escribirlas.

Dando estos antecedentes, tímidamente me permitió informar una de esas leyendas principales que han andado siglos y siglos de boca en boca, por las malocas y en los caminos oscuros de la selva, como por los ríos caudalosos y los tranquilos caños, en los potrillos y en las hamacas, en la soledad y en los bulliciosos cachiríes de las tribus indígenas del Vaupés.

Común a todas las tribus de la selva amazónica, es tan fantástica leyenda que es el corazón del indígena; para el hombre su poder y para la mujer su inquietud y la muerte. Dice así la leyenda:

“En un principio había en la tierra dos personas: buenas y se llamaba TUPANA (en guaraní significa santo); hacia el bien, no gustaba de cosas que no servían ni menos parrandas y fiestas profanas. El otro personaje era YURUPARI, amigo de lo malo; juego, chicha, bailes y vivía de lejos de TUPANA. (la palabra yurupari, significa diablo en Guaraní). yurupari arrastraba para si mucha gente. Contrariamente de Tupana tenia pocos seguidores; y las fiestas de yurupari hacían llevar al bando de la maldad a muchos secuaces.

Un día TUPANA resuelve matar a yurupari por ser este quien tenia mas gente en su bando. Se hicieron a una hoguera grandísima y allí quemaron al yurupari con quien habían tenido tantas dificultades y enemistades. una vez hecho ceniza vinieron sus seguidores con gran tristeza y quedaron silenciosos ante semejante realidad; y no pudieron encontrar un solo hueso; todo él había sido hecho ceniza.

Pasaron muchos días, y en las cenizas retoño una palma llamada Pachuba (en lengua guaraní), y fue ella muy bonita por lo alta y recta. Vinieron al lugar mujeres y al mirar la palma hermosa, llamaron a los hombres para convenir con ellos tumbarla y formar con ella un instrumento que imitara la voz de Yurupari. Este era el recuerdo viviente de Yurupari. Tres pedazos de palma fueron suficientes para formar el antedicho instrumento que imito perfectamente la voz de Yurupari.

Desde entonces las mujeres fueron poseedoras del gran Yurupari. Ellas lo tocaban cuando iban al baño en las mañanas; al oírse de lejos se decía que era Yurupari que estaba vivo. Y era oficio de las mujeres traer pepas del monte para los hombres que hacían los oficios domésticos.

Con el correr de los años se aburrieron por ser ellos los llamados hacer los quehaceres del hogar. Además Yurupari era hombre y las mujeres decían no estar con él. Una sola reunión fue suficiente para que los hombres acordaran únicamente el ir a la mañana siguiente a donde las mujeres acostumbradas al baño en el río, para quitarles el Yurupari.

Todos ellos armados con adavi (bejuco rodeado de fibra que venia a constituir un verdadero azote, y palabra guaraní), fueron hasta el lugar en donde se encontraban las mujeres bañándose, y azotándolas con los adavi, las obligaron a entregar el yurupari a poder de los hombres.

Realizada la hazaña, se encaminaron al lugar donde se había quemado Yurupari y encontraron con gran sorpresa de todos, una mata de yuca brava, y miraron y era maní (guarani) o maniba (portugués) que es el palo de la yuca. Lo arrancaron y vieron que era raíz de yuca e hicieron chicha como la que hacia Yurupari cuando vivía; y probaron la chicha y les supo perfectamente bien.

Descubrieron pues, que era preparada con caldo de maní, llamado manicuera, exactamente como la preparaba el mismo Yurupari en vida. Esta manicuera era la misma sangre de Yurupari, es decir que la chicha es sangre de Yurupari poste se convirtió en yuca al ser quemado por Tupana.

En esta reunión los hombres determinaron:

1) Prohibido a las mujeres conocer y volver a ver a Yurupari, porque al verlo, al instante este las matara. (para el efecto, los hombres han empleado todos los secretos y medios para dar a las mujeres la muerte, creyendo ellas que Yurupari quien las mata.

2) Los hombres niños de 12 años pueden conocer al Yurupari, bajo el siguiente requisito: someterse a una escuela de quince días en el monte, y bajo la dirección del payé, haciendo utensilios de casa: balayes, matafríos o chipichi (guarani), bancos, remos, etc. Durante estos días serán azotados de madrugada con su adavi. Los peyés los aconsejaran así: después de ver a Yurupari serán hombres perfectos y podrán casarse. Todas éstas ceremonias las hacen los payés con humo de tabaco para que en los nuevos hombres todo quede en paz y tranquilidad. Hace el payé que sus instruidos comas ají para que se conserve la dentadura de ellos. Bajo pena de muerte no pueden descubrir a nadie el secreto del Yurupari.

Una vez terminada la escuela, irán a la casa y se presentarán al papá y a la mamá porque ya son hombres que conocen el Yurupari además pueden casarse por saber hacer de todos los instrumentos necesarios para la casa. Ese día se da un gran almuerzo al joven que llega y durante el mismo, entrega a sus padres los objetos que fabricó en la escuela.

Con la aventura que realizó el hombre de apoderarse del Yurupari, éste domina totalmente y la mujer trabaja no duramente no solo en la casa, sino también en la chagra (huerta).

**JORGE JARAMILLO**

**COLOMBIA**

**[jjaramillo@juas.com](mailto:jjaramillo@juas.com)**

## LEYENDAS URBANAS



- Doctor, ¿podría contarnos de qué vive?  
Hasta ese momento el reportaje había transcurrido dentro de los carriles conocidos. El doctor Pérez Argüello se desenvolvía con naturalidad, manejaba los tiempos como un fondista, conocía todas las argucias necesarias para quedar siempre en una posición superior, con un cierto aire de víctima perseguida por los enemigos de la patria. Esa pregunta le molestó. No es que no tuviera respuesta. Simplemente le molestó.

- Querido Pedro, creo que es una insolencia la que usted está cometiendo. Pero para que quede bien en claro ante la audiencia que no tengo nada que ocultar, le voy a responder. Usted debería saber que mis hermanos y yo somos dueños de una fábrica de conservas, fundada por mi padre con mucho sacrificio y que nosotros hemos hecho prosperar hasta convertirla en la empresa pujante que es hoy en día. De allí provienen los fondos que me permiten solventar mis gastos, como consta en mis declaraciones juradas de impuestos, a las que le sugiero consulte la próxima vez antes de hacer preguntas malintencionadas.

El periodista era un hombre joven. Usaba un par de lentes gruesos que le daban un aspecto desprotegido. Había hecho sus primeras armas en la gráfica y todavía se sentía descolocado en un estudio de televisión. Las luces lo encandilaban, nunca acertaba a mirar a la cámara encendida. En esta entrevista daba la sensación de ser el invitado, frente a la soltura con que se manejaba Pérez Argüello.

- Conservas Argüello, ¿no es cierto? – dijo abriendo una carpeta que tenía en el escritorio.
- Efectivamente, Pedrito – sonrió Pérez Argüello -. Veo que ha hecho los deberes.
- Es propiedad suya y de sus tres hermanos. En partes iguales, supongo.
- Por supuesto.
- Conservas de garbanzos. Casi su producción exclusiva.
- ¿Sí? – titubeó el doctor – Sí, claro.
- Aquí tengo el último balance de Conservas Argüello – dijo el periodista sacando unas hojas de la carpeta.

Por primera vez en la entrevista Pérez Argüello le prestó atención. Los negocios familiares estaban lejos de su esfera de interés desde hacía mucho tiempo. No había venido preparado para contestar preguntas sobre ese tema.

- No anda muy bien la empresa, ¿verdad, doctor? Si la cámara me toma aquí – dijo señalando con el dedo un renglón de la hoja que extrajo de la carpeta – indica que en el último ejercicio sufrió una pérdida cuantiosa.
- ... fruto del desmadre al que han sometido al país los gobiernos que nos sucedieron – recitó el doctor.
- No estábamos hablando de las causas sino de los efectos. Si la empresa no genera ganancias, vuelvo a la pregunta inicial: ¿de qué vive, doctor? Estuvimos investigando con el equipo de producción y hemos encontrado que en los últimos seis meses usted ha adquirido un yate, dos caballos de carreras, un departamento en un barrio privado, un auto cero kilómetro. A propósito, creo que debería consultar a su contador porque me parece que omitió incluirlos en su declaración jurada de impuestos.

La atmósfera en el estudio se electrificó. Todos los que trabajaban detrás de cámaras contuvieron la respiración esperando la respuesta.

- Bueno... yo... Mire, Pedro, esto tiene una explicación lógica...

De pronto sucedió algo extraño. Comenzó a oírse un ruido como el hollar de unas pezuñas sobre el piso de mosaicos. En realidad, de tres pezuñas y una cuarta descompasada. Algo así como *ñic,ñic,ñic... ñac*. Las luces parpadearon. Un tiracables sorprendido señaló hacia un extremo del estudio donde apareció un gigantesco cerdo, de piel oscura como la noche.

- ¡Oh! – dijeron todos al unísono.

El animal comenzó a recorrer la distancia que lo separaba del escritorio donde se desarrollaba la entrevista con parsimonia. Con parsimonia y una leve renguera en la pata trasera derecha lo que le daba todavía un aspecto más amenazador. Husmeó entre los papeles, gruñó un poco frente a la silla del entrevistador, se dejó acariciar por el entrevistado y siguió su camino, perdiéndose en el otro extremo del estudio donde desapareció sin dejar rastro.

Lo curioso del episodio fue que pese a haber sido televisado en directo para una audiencia numerosa, como lo probarían a posteriori las encuestas, ningún telespectador recordara la aparición del espectro sino la pregunta con la que se cerró el reportaje.

- Doctor, ¿qué nos puede contar de sus planes para volver a la presidencia de la nación?

Clementino Oñarrubia estaba orgulloso de su trabajo. Había comenzado a trabajar de guarda en el tranvía 22 hacía poco tiempo, pero ya sentía que pertenecía a la empresa de toda la vida. A la mañana, después de tomarse unos amargos que le cebaba la Lucinda se demoraba siempre unos minutos frente al espejo del armario para corroborar que todo estuviera en su justo lugar: la gorra color verde agua, el pañuelo florido en el cuello, el lápiz de tinta sobresaliendo del bolsillo del saco. El lápiz le recordaba lo importante de su tarea. Con él

debía timbrar los “boletos de combinación”, una modalidad nueva que se estaba imponiendo. Cada boleto tenía marcado por un lado los días del mes del 1 al 31, por el otro, en números romanos las horas y al fin los cuartos. Cuando un pasajero bajaba, él debía tachar los rectángulos correspondientes para que pudiera hacer la combinación con el otro tranvía que completaba el recorrido.

- Chau, Clemen. Cuidate – le dijo la Lucinda, secándose las manos en el delantal.
- Chau, Negrita. No te preocupes que vuelvo al mediodía – le contestó dándole un beso.

Ese día era igual a tantos otros. El sol todavía se desperezaba entre nubes arreboladas mientras él se dirigía hacia la terminal. La ciudad también empezaba a sacudirse la modorra: el verdulero acomodaba los cajones con las mandarinas en la puerta, el diariero voceaba la Crítica en la esquina, algunos chicos vestidos de blanco caminaban como sonámbulos rumbo a la escuela. Cuando llegó, el coche en que le tocaba trabajar todavía no estaba listo.

- Buen día, Clementino. Aguantá cinco minutos que le tengo que hacer algunos ajustes a la Rusita.

Florencio Bermúdez era el motorman con que mejor se llevaba. No significaba que con los demás se llevara mal pero en él encontraba algo más que un compañero de trabajo. Le gustaba su forma de ser campechana y ese capricho de bautizar a los coches con los apodos de sus novias, siempre de acuerdo con alguna característica distintiva.

- La Rusita – pensó -. Ésa era la roncadora. Hoy nos esperan unos cuantos sacudones.

Subió al coche por la puerta trasera, tanteó la sogá del freno, trabó el acceso y se sentó a esperar.

- Listo, Clemen. Vamos que salimos.

El grito de Florencio lo despertó del sopor en que se había hundido. Algunas ilusiones esperaban encontrarlo desprevenido para sumergirlo en un mar de desconciertos.

- Pucha, ya sé que la Lucinda se merece algo mejor que la pieza del conventillo. Una casita con jardín. Y después, los chicos. Con lo que le gustan. Pero por ahora hay que aguantarse con lo que hay, que no es mucho pero para ir tirando alcanza – pensó, mientras se acomodaba al lado de la puerta.

La mañana pasó sin mayores sobresaltos. Ya quedaban pocos pasajeros y el recorrido estaba a punto de terminar.

- Boleto, señor – le dijo Clementino a un hombre de unos treinta años que se había acercado a la puerta para bajar.

El hombre parecía no escucharlo. Se caló la gorra que llevaba puesta hasta los ojos y subió los hombros, manteniendo las manos dentro de los bolsillos del saco.



- Boleto, caballero – repitió Clementino en un tono de voz un poco más fuerte.

El tranvía había parado. El guarda aflojó la traba de la puerta como un acto reflejo. El único obstáculo para llegar a la calle era su propio cuerpo.

- Señor, si no me entrega el boleto me voy a...

No pudo terminar la frase. El hombre le propinó un rotundo puntapié a la altura del tobillo derecho y después saltó como un atleta olímpico los escalones. Él quedó arrodillado, con los ojos llenos de lágrimas. Los pasajeros restantes se acercaron a ayudarlo. Lo tomaron de la cintura y lo acomodaron en uno de los asientos. Uno le alcanzó la gorra que se le había caído como consecuencia del golpe y jura que lo oyó mascullar:

- ¿Quién me manda a mí? Pero, ¿quién me manda a mí?

Desde entonces la vida de Clementino Oñarrubia cambió. En lo físico empezó a sufrir de una leve cojera en la pierna derecha que lo acompañó el resto de sus días. En lo anímico, se hizo más taciturno y menos compenetrado con su trabajo. Si bien seguía cumpliendo con sus horarios y su ubicación frente a la puerta trasera del tranvía era igual de escrupulosa, nunca reclamaba el boleto. Esperaba que los pasajeros se lo alcanzaran y si alguno se hacía el distraído él se distraía aún más. Como resultado de esta actitud en más de una oportunidad alguien se beneficiaba con un viaje gratuito. Cuentan testigos no siempre respetables que cuando eso sucedía se podía ver a un cerdo de piel oscura como la noche, husmeando entre las vías del tranvía a la caída del sol y luego alejarse hollando los adoquines con un ruido característico. Algo así como *ñic,ñic,ñic... ñac*

**José Luis Jorge**

**ARGENTINA**

[Jljge@aol.com](mailto:Jljge@aol.com)

## **Leyenda del Neuquén y del Limay**

Versión de **Lilí Muñoz**

Cuando el Paraíso parecía florecer sobre la tierra del pehuén, vivían dos jóvenes amigos, casi niños, llamados Neuquén y Limay.

Les gustaba compartir las horas de caza y soñar con los misterios presentidos más allá de las montañas y valles de la tierra que conocían.

Un día, mientras caminaban por el bosque de arrayanes, observaron a través de enredaderas, troncos y flores, a una jovencita mapuche. La niña murmuraba canciones, mientras peinaba largas trenzas renegridas.

Comenzó desde entonces un tratar de acercarse y conocerse entre los tres, hecho de cantos, de silencios en medio de atardeceres y montañas, de charlas por los senderos.

Y poco a poco los dos jóvenes amigos sintieron que una fuerza distinta, hasta entonces no conocida, invadía su amistad y comenzaba a separarlos, sin que ellos lo desearan.

Cada uno comenzó a aislarse del otro, a mirar en soledad los espejos y círculos de los lagos y las puestas de sol.

-¿Qué pasa entre Neuquén y Limay?- Era la pregunta obligada en la rueda de los mayores, acucillados alrededor del fogón.

Fue la Machi, con su sabiduría de vida y años, la que aconsejó la prueba del destino como remedio al distanciamiento entre los amigos.

- Quiero una caracola que traiga el sonido del mar que no conozco- pidió Rahiué, que así se llamaba la jovencita mapuche de largas trenzas.

La Machi consideró que el destino había hablado y encomendó la tarea a los dos jóvenes. Ambos partieron una madrugada, aún húmeda de rocío, con rubor en la copa de los árboles y el augurio de las buenas nuevas de los pájaros mañaneros.

Quien primero trajese la caracola, recibiría el amor de la jovencita como recompensa.

Para ayudarlos en la búsqueda, Nguenechen, el padre de los hijos de la tierra, convirtió a los jóvenes en ríos. Uno, el Neuquén, correría torrentoso desde la altura que lo vio nacer, al norte. Otro, el Limay, buscaría desde el Sur, llegar hasta el mar por caracolas.

-¡Neuquén y Limay no volverán! ¡Neuquén y Limay ya te olvidaron! –clamaba el viento, enamorado y celoso, al oído de Rahiué.

La jovencita callaba y escuchaba. La mirada lejana. El cuerpo cobrizo cimbreado como junco, enflaqueciendo cada vez más. Hasta que un día, cuando las aguas no la reflejaban sino como una sombra de la hermosa muchachita que habían conocido Neuquén y Limay, Rahiué murmuró una ofrenda al Padre:

-Padre Nguenechen, yo te ofrezco mi vida a cambio de que vivan mis amigos Neuquén y Limay. Padre, te la ofrezco, acéptala.

Los espejos circulares del lago deshacían la pequeña figura. Rayos de sol tibio acunaban su ruego. El cuerpo moreno de Rahiué fue sumiéndose en la madre tierra poco a poco, hasta que una nueva planta, de hojas muy frescas y con una flor roja distinta, fue tímidamente haciéndose un lugar en la constante verdura del bosque.

El Padre Nguenechen había escuchado.

En el viento, testigo de todo el cambio, pudieron más los celos que sentía por Neuquén y Limay, que su amor por Rahiué.

No lloró el regreso de Rahiué a la madre tierra. Arrasó el lugar con furia. Con rapidez reseco aún más el desierto y las bardas durante días y noches, para llevar la noticia a Neuquén y Limay. Quería ver el dolor que ella les causaría.

Los jóvenes –quienes hasta entonces habían buscado llegar al mar cada uno por su lado- no resistieron el vacío que les dejaba Raihué y abrazándose, fundieron su dolor y sus cuerpos. Los dos ríos, hermanos en el amor y el dolor, confluyeron para formar el río Negro. Unidos, avanzan hacia el mar en la búsqueda eterna de la belleza y la amistad.

## **La ruca de las cuatro jornadas**

### **I**

Una que otra melosa tardía amarillea, desperezándose entre los ocrees ásperos y duros de la jarilla ¿Dicen que la jarilla es sanadora? ¿de males de amor tal vez? ¿o de los otros? Me gustaría que fuera de todos. ¿Me quiere, no me quiere? La vieja ilusión de deshojar la flor y conocer los secretos. ¿Alejandro sí, Alejandro no? El rito ingenuo y mágico crece, se verticaliza, nace cada vez. Mientras, el miedo a lo desconocido se diluye, absorto en el juego antiguo, al ir cayendo, uno a uno, lentamente, los pétalos de seda y miel. Ásperos, mezclados con la arcilla, Dania los siente entre sus yemas, apenas. Con ansias, lee el mensaje de las flores.

Ahora cruzaría la entrada.

Un cansancio desacostumbrado hizo que se sentara. Un poco por pereza. Otro poco para acostumbrarse a la semioscuridad y al silencio.

La agitación iba en aumento. Se sentía y LA sentía. Podía casi oír y oler su cuerpo palpar dentro de la cavidad umbría de la Cueva.

La percibía perfumada de frescura, pero no estaba húmeda, no. Sí se la adivinaba mucho más espaciosa de lo que la había imaginado en sus sentadas a la hora de la siesta contra la pared de la casa, allá en su barrio al norte de la ciudad.

Aunque aun le faltaba recorrerla en sus recovecos, Dania la pensaba como una casa, como una ruca, como decía por lo bajo su compañera de banco en el cole, mientras la de Historia daba y daba su lata. ¿Una casita para jugar? No, una casa. ¿Y si la Cueva sólo fuera la fachada de la entrada a una mina, a una de las tantas que escondía su tierra? Si así fuera, ¿no estaría ella, Dania, metiéndose

donde no la llamaban?. Su padre le había contado... las mujeres no podían entrar así como así en las minas. Pero ... ¿era una mujer? ¿era ya una mujer con sus doce años? Muchas preguntas se hacía Dania. Las mil y una. Muchas. Sin embargo, y aún sin la respuesta, las preguntas no le impidieron seguir adelante en su curiosidad por explorar la Cueva.

- Haré de cuenta que es una casita. Como la que hicimos arriba del nogal, allá en la chacra, con bolsas y ramas el verano pasado. Le habíamos puesto escaleras y todo.
- O como la otra, la del pozo de trébol, la que poceamos con Negrita, mi perra, hace un montón de veranos, a orillas del Limay. Yo era una nena y quería poner como reina del pozo de la playa a la mariposa de alas dobles, esa que nunca se dejó atrapar.

Dania ha ido avanzando en su recorrido. Desde adentro de la Cueva, por una especie de ranura, alcanza a ver, hacia el lado del este, cómo va creciendo un remolino en el Rincón Grande. Se ve muy nítida su copa de tierra en círculos. El reverbero acerca los cruces y lomos pelados de la meseta, con alguna que otra mata. Sin quererlo, se estremeció. Tembló de un solo temblor, como cuando de noche se cortaba la luz y sus padres aún se hallaban en el trabajo. No, no era el temblor de sus tripas cuando lo veía a Ale. Ése era otro temblor. Y era único: se parecía, ¿cómo decirlo? a uno de los vientos suaves de abril, a un círculo en el lago, ¿quizá a la luna llena sobre el bardón azul?.

Afuera, el mediodía tardío de la primavera del sur se abría en transparencias. Prematuros rayos siesteros penetraban la entrada y apaciguaban el temblor en la niña-mujer provocado por la copa del remolino.

Dania, somnolienta, jugaba a las adivinanzas con la algarabía estridente de las guardas de aire. Pirueteaban las sombras, los senderos oblicuos en subida, las “escaleras de polvo”.

- En esta me subo y llego hasta los gansos que avanzan en V.
- En esta no me subo, es de puro iris. Allá va él. Ale...

## II

La soledad en la Cueva. Fresca música de olores. Al ingresar la sintió oscura. Algunos rayos avanzaban más allá de la entrada y garabateaban guardas. El juego se jugaba con las sombras y los dedos verdeamarillos de la jarilla.

Lihuel vuelve a sentir su cuerpo dentro del cuerpo de la Cueva. Han pasado cuatro soles desde que ella espera para que el rito la haga mujer. Su abuela, la gran madre, la anciana mayor, ha querido acompañarla. En cuclillas, paciente como siempre, la madre de su madre parece retejer la manta de los propios sueños.

La había sentido bajar. La sentía todavía Lihuel. Tibia, casi caliente, por momentos atropellada, a lo largo de sus entrepiernas. La sabía suya, por fin. Y quería su sangre que era toda de vida, toda de fiesta, no de dolor. La quería.

La niña-mujer, sin moverse del centro de la ruca, retejía, ella también ahora, como la abuela Luisa, sus propias ilusiones.

Hilachas del padre sol tocaban con timidez de octubre los pies cobrizos, ahora desnudos.

- Cierro los ojos y lo puedo ver. Casi hasta puedo oler su poncho de lana, con la humedad de las primeras nevadas en abril.

Siempre se habían entendido con Ñamcu, el poeta mapuche, el querido nguempin de la comunidad. Sin palabras, simplemente se miraban. Hablaban en silencio, como era su costumbre, como todos los días, con el sol y la luna, con Collipal, los ríos y los lagos, las hualas que se bañan en los bordes, los pehuenes, las piedras y montañas.

En las correrías de marzo, envueltos aún en la tibieza del otoño, el bosquecito de araucarias cobijó sus juegos. Lihuel y Ñamcu en el atardecer. El bosquecito fue refugio de las promesas que desde niños, se habían hecho con los ojos en los ojos.

Era por el tiempo de la bajada, recuerda Lihuel. Todos volvían de la veranada. Niños, mujeres y hombres habían celebrado su unión con la tierra, en laderas y valles durante los meses del verano. Volvían con el color y el calor de la vida en la piel y en la mirada. Pero Ñamcu, él, más que ninguno ... La cabeza alta, su mirada luminosa se parecía a Collipal, la estrella que danza al caer la tarde ... la estrella que amanece. Ahora, como muchos, ya no estaba. Ñamcu no estaba. Lihuel siente el temblor que le recorre el cuerpo y se asoma hecho rocío en la mirada.

### III

La abuela Luisa, inmóvil en uno de los rincones de la Cueva, recupera imágenes de otro tiempo. Imágenes que tal vez no incluyan a Lihuel: más allá de la cordillera, o mejor, detrás de ella, cruzándola. Hace de eso ya tantas lunas, tantas. Fue tan poca la gente nuestra que quedó...

Entonces ... ella también iba naciendo mujer. No recuerda si la cueva que la albergó era parecida a ésta: a la que ocupan Lihuel y ella. Seguramente sí. Todas las cuevas cordilleranas se parecen. Su madre la había acompañado, la caciquesa Rosa.

Él no se llamaba Llanquítur, no.

Ése había sido el otro, el guerrero de la piedra azul. La piedra mágica que lo volvía invisible e invencible.

No. El que ella había amado hace tantísimas lunas, el primero, no se llamaba Llanquítur, aunque sus ojos eran ¿eso sí lo recuerda! extrañamente azules. E inmensamente mansos. Sin embargo –la anciana apenas se sonríe– alumbraba chispas de fuego bajo la superficie azul.

Pero su nombre ...

Ahora lo recordaba.

La abuela retorna a su casi sonrisa. Lihuel –que la ha estado mirando- se sorprende. El rostro de la gran madre parece joven otra vez.

- No te he olvidado, no. ¡Estás vivo! ¿Quién te podría olvidar?

#### IV

Al dar la vuelta el cuarto día, se fue cumpliendo para las dos mujeres el tiempo de regresar a la tribu.

Abuela y nieta se encontraban ya listas para celebrar con la comunidad la iniciación de Lihuel como mujer.

Cada vez resultaba más difícil cosechar los piñones suficientes para la provisión del largo y duro invierno del sur. A los montes y a los ríos, a la pampa misma, otros, los que vinieron después, les habían plantado postes y alambres. Sin embargo, el año, y la vida con él, estaba dando su vuelta, como siempre, desde siempre. Ellos estaban. Sabían que – pese a los otros- eran parte de todo, de la naturaleza y la vida.

Ambas, abuela y nieta, en la ruca de las cuatro jornadas, se habían encontrado doblemente, en el rito ancestral y en el rito de ser mujeres. Habían amamantado nuevos diálogos entre silencios. En las mutuas miradas, abundosas como piñas apretadas de piñones maduros, las dos, la joven y la vieja, comenzaron a reconocerse en sus luchas. Ahora era tiempo de regresar.

#### V

Primero fue espesa y tibia. Viajaba dentro de su cuerpo. Cálida, buscaba su cauce. Después la sorprendieron las manchas que se dibujaban en las calzas. Dania, no tardó en darse cuenta de qué le estaba sucediendo.

Allí, en la soledad de la Cueva, finalmente había llegado. Muy lejos, amortiguadas, se oían –afuera- las voces de sus compañeros. ¿También Alejandro habría llegado? Podría, si quisiera, dormir un rato. Total, ellos la buscarían un rato y luego, si no la encontraban, volverían a la esquina de las reuniones.

La Cueva era tan segura y se sentía tan bien ... Un poco floja, pero bien.

Siempre le había gustado observar las escaleras que dibujaba el aire y contarse cuentos a sí misma. Descubría historias ... hablaban de mundos, fantasías de polvo y luz. Dania presentía que ni siquiera ella podía ver esos mundos. Pero podía entrar. De vez en cuando. Mundos diferentes, mundos paralelos, apenas presentidos.

Se dejó estar. Luego se las arreglaría para volver. Usaría el pañuelo que siempre llevaba en el bolsillo. Por suerte, esa mañana al salir para andar en bici, había sacado uno grande de la mesa de luz, aquél que le había bordado la abuela Antonia.

- Al fin, mamá, al fin ha llegado- quiso gritar. Pero el monologar del silencio la contuvo. Por el momento, decidió, tendría su propio secreto.

La meseta surera respiraba sus misterios a pleno sol.

***Lilí Muñoz.***

***Argentina.***

***[lidiaar@arnet.com.ar](mailto:lidiaar@arnet.com.ar)***

## EL HOMBRE PEZ.



Mobeyo era un ser encantado: mitad hombre, mitad pez. Cuentan que en un tiempo fue un joven muy sabio, que cometió el error de poner sus ojos en la hija de un Rey, quien creyéndose vejado por aquel mozo, mandó a uno de sus sacerdotes a que lo hechizara, transformándolo en monstruo marino. El rostro de Mobeyo seguía siendo igual al de cualquier mortal, mas su cuerpo estaba cubierto por escamas y una

suerte de cola nacía en su espalda; como si se tratara de una sirena masculina. A pesar de su aspecto extraño, era todo un profeta, que irradiaba respeto y amor. De día solía estar entre los hombres. Les enseñaba los signos del Oráculo de Ifá, les hablaba de artes y de ciencias, descifrándoles el enigma de las estrellas... Era un Maestro, que no sólo sabía de todo, sino que siempre estaba dispuesto a enseñar. Cuando se ponía el Sol en el horizonte, se retiraba a la Mar, donde pasaba la noche. Se decía que bajo el reinado de las sombras, asustaba a los navegantes con su mera presencia o el reflejo de sus movimientos entre las olas. Sin embargo, al regresar la luz todos iban a escucharlo para instruirse con su sabiduría.

Durante decenios, Mobeyo cumplió con lo que al parecer era su destino: Ser Maestro de los Hombres y Guardián de los Mares. Una noche, como de costumbre, se sumergió en las tranquilas aguas del Océano... desde entonces muchos esperan por su regreso.

## EL COFRE ENCANTADO.

Cuando el Diluvio fue anunciado, Olokun alcanzó a guardar su gran secreto dentro de un cofre de oro forrado en piedras preciosas. Aquella maravilla no podía ser confiada a cualquiera. Después de mucho pensar, Olokun eligió a Obatalá entre dioses y mortales, fiel guardián de su secreto. Pero Obatalá tenía un discípulo que lo visitaba con frecuencia para escuchar sus sabias palabras. Era un muchacho preguntón y muy ambicioso. Cuando descubrió el hermoso cofre que celosamente guardaba su maestro, no sólo quiso saber lo que contenía, sino que comenzó a soñar con apropiarse de aquel misterioso tesoro.

Obatalá, adivinando las intenciones de su discípulo, le dijo: ***Hijo, se te ocurra ni siquiera abrirlo Este cofre guarda un secreto muy antiguo y nadie puede saber lo que contiene sin correr un grave peligro. Así me lo advirtió quien me lo entregó hace muchos años, él es el único que puede venir por esta arca y al***



***único que se la entregaré...*** El consejo, lejos de desanimar al joven, lo excitó aún más y le hizo trazarse un plan. Sirviéndose de la confianza que el maestro había depositado en él, un día que Obatalá había salido, entró en la casa y se llevó el cofre a un lugar donde podría contemplarlo a su antojo. Al principio, se limitó a disfrutar de su perfección, pero la curiosidad iba creciendo en él, hasta que no resistió más la tentación y lo abrió. Dentro yacía un pescado momificado con dos ojos hechos de piedras preciosas: Era la Muerte, a quien Olokun había logrado transfigurar en fósil. Liberada de su hechizo, la Muerte se enseñoreó nuevamente de la humanidad.

Enterado Olokun de lo sucedido, se encolerizó ante la imprudencia del joven, y lanzó sobre él uno de sus maleficios más poderosos, convirtiéndolo en un pez de escamas multicolores, que desde entonces habita en las profundidades de las aguas, sin saber que un día fue un hombre.

**RAIMUNDO RESPALL FINA**

***Cuba***

***[tgrafica@cubarte.cult.cu](mailto:tgrafica@cubarte.cult.cu)***

***Tomado del libro “Misterios abisales, el mito de Olokun”, inédito; cortesía del autor***

## ***ÍNDICE DE ILUSTRACIONES***

***PORTADA: RAY RESPALL, CUBA***

***FEROZ: RAY RESPALL, CUBA***

***CÉFIRO ACENDRADO: MARIO GARCÍA PORTELA, CUBA***

***UN NUEVO JUGADOR EN EL EQUIPO DE PELOTA: MILTON BERNAL, CUBA***

***LEYENDAS URBANAS: ISMARY GONZÁLEZ, CUBA***

***EL HOMBRE PEZ: DAYSI CARMONA, CUBA***